CH28 ~~cat.~~
D170

60.295

COMEDIAS
DE
Moratin

Publicadas con el nombre
de Inarco Celenio.

Segunda Edicion,

Corregida y aumentada con una Comedia.

Tomo 1.ro

BIBLIOTHÈQUE DE L'UNIVERSITÉ TOULOUSE

PARIS

En casa de BAUDRY Librero
Se venden libros Ingleses, Italianos, Españoles,
Alemanes, Portugueses y Otras obras.
En la calle du Coq S.t Honoré N.o 9.
1821.

Rés. xE 4921 -1

EL SI DE LAS NIÑAS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA.

PERSONAS.

D. DIEGO.
D. CARLOS.
DOÑA FRANCISCA.
DOÑA IRENE.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henáres.

El teatro representa una sala de paso, con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, un banco, sillas, etc.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. DIEGO SIMON.

D. DIEGO.

No [1] han venido todavía?

SIMON.

No Señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado, por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la lleváron á Guadalajara.

D. DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido extraña determinacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobretodo, cansa la mugre del cuarto, las sillas

[1] Sale D. Diego de su cuarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.

desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo: el ruido de campanillas y cascabeles y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos... El Corregidor, el Señor Abad, el Visitador, el Rector de Málaga... Qué sé yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quieto, y no exponerme á que me hallasen por ahí.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues hay mas en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. DIEGO.

Sí, hombre; algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

D. DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú éres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á ésa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, Señor. Jamas he gustado de chismes.

D. DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal Doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leido muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la Monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma he tenido cuantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hiciéron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobretodo aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí Señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

D. DIEGO.

No? Porqué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO.

Qué dices?

SIMON.

Excelente.

D. DIEGO.

Con que al instante has conocido?

SIMON.

Pues no es claro?... Vaya! Dígole á usted que me parce muy buena boda. Buena, buena.

D. DIEGO.

Sí, Señor... Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

D. DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

D. DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

Locura? Buena locura!.. Con una chica como esa, eh?

D. DIEGO.

Pues, ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí. Porque, aquí entre los dos, la buena de Doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas Religiosas y el Canónigo de Castrojeriz,

que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa, y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y, sobretodo, lo que usted tiene para quien ha de ser?

D. DIEGO.

Dices bien... Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?.. Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No Señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y vivirémos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrámbos, qué pueden decir?

D. DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas...

D. DIEGO.

Qué, hombre? Qué hablas de siete ú ocho

años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

Y bien, qué?

D. DIEGO.

Y yo; aunque gracias á Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.

Pues de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al reves... En suma, esta Doña Paquita con quien se casa?

D. DIEGO.

Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

Con usted?

D. DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

Medrados quedamos!

D. DIEGO.

Qué dices?.. Vamos, qué?..

SIMON.

Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.

Pues qué creias? Para quien juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para D. Cárlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO.

Pues no Señor.

SIMON.

Pues bien está.

D. DIEGO.

Mire usted qué idea! Con el otro la habia de ir á casar!.. No Señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO.

Que se haga hombre de valor y...

SIMON.

Valor! Todavía pide usted mas valor á un Oficial, que en la última guerra, con muy pocos que se atreviéron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?.. Pues bien satisfecho quedó usted entónces del valor de su sobrino: yo le vi á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, quando el Rey le premió con el grado de Teniente Coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO.

Sí Señor: todo eso es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. DIEGO.

Pues no ha de serlo?.. Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la Religiosa de Guadalajara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una Señora de excelentes prendas: mira tú si Doña Irene querrá el bien de su hija, pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobretodo, me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres, que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agugeros de las hormigas; estas han sido su ocupacion y sus diversiones... Qué dices?

SIMON.

Yo nada, Señor.

D. DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella Doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

SIMON.

En fin, Señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... Y que fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

Pues qué ha hecho?

D. DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su Regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

D. DIEGO.

Pues el picaron no estaba allí, quando me escribia las tales cartas.

SIMON.

Qué dice usted?

D. DIEGO.

Sí, Señor. El dia tres de Julio salió de mi casa,

y á fines de septiembre aun no habia llegado á sus pabellones... No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

D. DIEGO.

Nada de eso. Amores del Señor Oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas Ciudades puede que... Quien sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio?

SIMON.

Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener, para que le engañe.

D. DIEGO.

Me parece que estan ahí... Sí, gracias á Dios. Busca al Mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberémos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

D. DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se traslluzca, ni... Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente [1].

[1] Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma

ESCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA. D. DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

Ay! qué escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, Señoras.

DOÑA IRENE.

Con que usted, á lo que parece, no ha salido [1]?

D. DIEGO.

No Señora. Luego, mas tarde, daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejáron parar... Pero, mire usted. Mire usted [2] cuantas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de S. Benito, una pililla de cristal... Mire usted que bonita. Y dos corazones de talco... Qué sé yo cuanto viene aquí!... Ay! y una companilla de barro bendito para los truenos... Tantas cosas!

las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, recoge las mantillas y las dobla.

[1] Se sientan Doña Irene y D. Diego.

[2] Desata el pañuelo, y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las Madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

Como me quieren todas! Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto!... Es ya muy viegecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia: porqué no ha venido aquel Señor?

DOÑA IRENE.

El Padre Capellan y el Rector de los Verdes, nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma [1], guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... Válgate Dios eh! ya se ha roto la Santa Getrúdis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. D. DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

[1] Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la qual se va con él y con las mantillas al cuarto de Doña Irene.

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

Y qué fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

DOÑA FRANCISCA.

Pues con todo [1], aquella Monja tan gorda, que se llama la Madre Angustias, bien sudaba... Ay! como sudaba la pobre muger.

DOÑA IRENE.

Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabia que hacerse con su sobrina la buena Señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligationes.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

D. DIEGO.

Es verdad, solo falta que la parte interesada

[1] Sentándose junto á Doña Irene.

tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero no pudiera, sin faltar á su honor, ni á su sangre?..

DOÑA FRANCISCA.

Me voy, mamá [1]?

DOÑA IRENE.

No pudiera, no Señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede ménos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, Doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hiciéron, segun me contaba su Merced, para enviársele á su tio carnal el Padre Fray Serapion de S. Juan Crisóstomo, electo Obispo de Mechoacan.

D. DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar, el buen Religioso: que

[1] Se levanta, y vuelve á sentarse.

fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo D. Cucufate, Regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

D. DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí, Señor; pero como la familia ha venido tan á ménos... Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que, por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quien sabe que el dia de mañana no se imprima, con el favor de Dios.

D. DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el Canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano: y á la hora de esta, lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprehenden los nueve años primeros de la vida del santo Obispo.

D. DIEGO.

Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí Señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO.

Y de qué edad murió el Venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

DOÑA FRANCISCA.

Me voy, mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, vete. Válgate Dios, qué prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

Quiere usted [1] que le haga una cortesía á la francesa, Señor D. Diego?

D. DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

D. DIEGO.

Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía; y para mi mamá, un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE. D. DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana, y muy mona; mucho.

D. DIEGO.

Tiene un donayre natural que arrebata.

[1] Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á D. Diego, da un beso á Doña Irene y se va al cuarto de esta.

DOÑA IRENE.

Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es maravilla que quanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

Quisiera solo que se explicase libremente, acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Diria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, Señor D. Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

D. DIEGO.

Bien: si fuese un hombre, á quien hallara por casualidad en la calle, y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle

alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de explicarse.

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... Con qué juicio hablaba ayer noche, despues que usted se fue á recoger! No sé lo que hubiera dado por que hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

Y qué? hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa, acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años, un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. DIEGO.

Calle! Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... Buenas cosas la dije! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... Pues no da lástima, Señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio, ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, Señor (que es lo que yo digo) quien ha de gobernar la casa? Quien ha de man-

dar á los criados? Quien ha de enseñar y correjir á los hijos? Porque sucede tambien, que estos atolondrados de chicos, suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO.

Cierto que es un dolor, el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento de la experiencia y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve, quando me casé de primeras nupcias con mi difunto D. Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... Y al mismo tiempo, mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle cuando se casó conmigo.

D. DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entónces un boquirrubio, con los cascos á la gineta... No Señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía, que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y

en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. DIEGO.

Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de D. Epifanio.

DOÑA IRENE.

Sí, Señor, pues porqué no?

D. DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... Y fué niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

DOÑA IRENE.

Ay! Señor! Dan malos ratos; pero qué importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Ya se ve que será una delicia, y...

DOÑA IRENE.

Pues no ha de ser?

D. DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los quales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

ESCENA V.

SIMON [1]. DOÑA IRENE. D. DIEGO.

SIMON.

Señor, el Mayoral está esperando.

D. DIEGO.

Dile que voy allá... Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo [2]. Con que, supongo que mañana tempranito saldrémos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. DIEGO.

A eso de las seis. Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora ántes.

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

[1] Sale por la puerta del foro.

[2] Entra Simon al cuarto de D. Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE. RITA.

DOÑA IRENE.

Válgame Dios, ahora que me acuerdo... Rita... Me le habrán dejado morir. Rita.

RITA.

Señora [1].

DOÑA IRENE.

Qué has hecho del tordo? Le diste de comer?

RITA.

Sí Señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras ántes que anochezca; porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil, y no tiene garavato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica, qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un vizcocho, para dar de cenar á D. Periquito.

DOÑA IRENE.

Qué pereza tengo de escribir [2]! Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

[1] Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo;

[2] Se levanta y se entra en su cuarto.

RITA.

Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. Qué poco me gustan á mi las mugeres gazmoñas y zalameras [1]!

ESCENA VII.

CALAMOCHA [2].

Con que ha de ser el Número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal Número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el Gabinete de Historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay!... Y qué agugetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijéron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el Número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados estan... [3]. Oiga!... Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... Ay! qué desvencijado estoy.

ESCENA VIII.

RITA. CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de

[1] Éntrase en el cuarto de Doña Francisca.

[2] Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo dexa todo sobre la mesa, y se sienta.

[3] Canta Rita desde adentro, Calamocha se levanta desperezándose.

ropa y... [1]. Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!.. Rita.

RITA.

Calamocha.

CALAMOCHA.

Qué hallazgo es este?

RITA.

Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

De veras?

CALAMOCHA.

No que es chanza. Apénas recibió la carta de Doña Paquita, yo no sé adonde fué, ni con quien habló, ni como lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas, por ese camino. Llegámos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallámos con que los pájaros voláron ya. A caballo otra vez y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi Teniente se ha ido al Colegio mayor

[1] Forcejeando para echar la llave.

á ver á un amigo, miéntras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni ménos.

RITA.

Qué gusto me das! Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

Amor?... Friolera!... El moro Gazul fué para con él un pelele, Medoro un zascandil y Gayferos un chiquillo de la Doctrina.

RITA.

Ay! quando la Señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero, acabemos. Como te hallo aquí? Con quien estás? Cuando llegaste? Qué...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de Doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo: que tenia concertado su casamiento en Madrid con un Caballero rico, honrado, bienquisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la Señorita con tales propues-

tas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita Monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero, no te puedo ponderar quanto lloró la pobrecita, que afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es, que cuando pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo: esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros, estrellados en las tapias del corral. Apénas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el Mayoral Gasparet, con sus medias azules, y la madre y el novio, que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegámos ántes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la Señorita visite á otra tia Monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejámos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante, una por una, todas las Religiosas, y creo que mañana temprano saldrémos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... Con que el novio está en la posada!

RITA.

Ese es su cuarto [1], este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

Como nuestro? Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aqui dormirémos esta noche la Señorita y yo: porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... A Dios [2].

RITA.

Y adonde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero, el novio? trae consigo criados, amigos ó deudos, que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

Poca cosa!... Mira, dile en caridad, que se disponga, por que está de peligro. A Dios.

RITA.

Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia y aunque apénas puedo moverme, es necesario que

[1] Señalando el cuarto de D. Diego, el de Doña Irene y el de Doña Francisca.

[2] Recoge los trastos que puso sobre la mesa en ademan de irse.

mi Teniente deje la visita, y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre y... Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la Señorita y mio.

CALAMOCHA.

Bribona!

RITA.

Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida [1].

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

RITA.

Qué malo es... Pero... Válgame Dios! D. Féliz aquí! Si la quiere, bien se conoce... [2]. Oh! por mas que digan, los hay muy finos, y entónces, qué ha de hacer una?... Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero, qué dirá la Señorita quando le vea, que está ciega por él. Pobrecita! Pues no seria una lástima que... Ella es [3].

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Rita!

RITA.

Qué es eso? Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

Pues no he de llorar? Si vieras mi madre....

[1] Éntrase con los trastos al cuarto de D. Cárlos.

[2] Sale Calamocha del cuarto de D. Cárlos, y se va por la puerta del foro.

[3] Sale Doña Francisca.

Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles. Y que es rico y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... Pobre de mí! Por que no miento, ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que D. Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y he procurado bien hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías.... Y todo, por dar gusto á mi madre, que si no... Pero, bien sabe la Vírgen, que no me sale del corazon.

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... Quien sabe!... No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado, en la casa de campo del Intendente?

DOÑA FRANCISCA.

Ay! como puedo olvidarlo?... Pero, qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel Caballero que vimos allí, con aquella cruz verde: tan galan, tan fino...

DOÑA FRANCISCA.

Qué rodeos! D. Féliz. Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la Ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió y le vi, por mi desgracia, muchas veces... Mal aconsejada de tí.

RITA.

Porqué, Señora? A quien dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel, no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo quanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? De aquella sonora, punteada con tanta delicadeza y expresion.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Rita! Sí, de todo me acuerdo y miéntras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... Y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

Qué bobería! Desengáñese usted, Señorita. Con los hombres y las mugeres, sucede lo mismo

que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea, el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto: por eso le tengo tan fijo aquí... [1]. Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... Válgate Dios! Es lástima! Cierto. Pobre Paquita... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

RITA.

No Señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apénas haya leido la carta, se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... [2].

DOÑA FRANCISCA.

Adonde vas?

RITA.

Quiero ver, si...

[1] Señalando al pecho.

[2] Acercándose á la puerta del cuarto de Doña Irene.

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. D. Féliz está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar commigo.

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

RITA.

Sí, Señora... Y le ha ido á buscar, para...

DOÑA FRANCISCA.

Con que me quiere!... Ay! Rita! Mira tú si hicímos bien de avisarle... Pero, ves qué fineza?... Si vendrá bueno? Correr tantas leguas, solo por verme... Porque yo se lo mando... Qué agradecida le debo estar!... Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo, hasta que vuelvan... Veré lo que dice, y que piensa hacer: porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero, no, el tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue, le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... Me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entónces, no hay mas que salir, con qualquiera excusa. Yo me quedaré con la Señora mayor: la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados y del Obispo que murió en el mar... Ademas que si está allí D. Diego.

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda, y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

Si vieras que consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

Te acuerdas, cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria

peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

Ah!... Puer mira como me dixo la verdad [1].

[1] Doña Francisca se va al cuarto de Doña Irene. Rita por la puerta del foro.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I [1].

DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... [2]. Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple : que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí : diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á obscuras me habeis dexado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorvarla me he venido aquí : que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha qué hace, quó no trae una luz? Para qualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... [3].

[1] Se irá obscureciendo lentamente el teatro, hasta que al principio de la escena tercera vuelve á iluminarse.

[2] Acércase á la puerta del foro y vuelve.

[3] Siéntase.

Sea todo por Dios... Y D. Diego no ha venido?

DONA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este Caballero está sentido y con muchísima razon...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, sí, Señora, ya lo se. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia, esto es aconsejarte. Porque, como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge: que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel Cáribe de D. Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales, por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. Válgame Dios, Señor!... En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA [1]. DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, muger: yo pensé que en toda la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado, por que han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño.

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvié-ron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien [2].

DOÑA FRANCISCA.

No ha venido [3]?

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada, para que la lleve

[1] Sale por la puerta del foro con luces, y las pone encima de la mesa.

[2] Toma una luz y hace que se va.

[3] Aparte.

al instante al correo... [1]. Y tú, niña, qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto, para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las Monjas me hiciéron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero, para el abrigo del estómago... [2]. Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que esten.

RITA.

Y nada mas?

DOÑA IRENA.

No, nada mas... Ah! Y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

Rita.

RITA.

Otra. Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo, que lleve la carta al instante... Pero, no Señor, mejor es... No quiero que la lleve él: que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. Lo entiendes?

[1] Vase Rita al cuarto de Doña Irene.

[2] Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.

RITA.

Sí, Señora.

DOÑA IRENE.

Ah! Mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... [1]. Qué noche tan mala me dió! Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios, rezando el Gloria Patri y la oracion del Santo Sudario! Ello por otra parte *edificaba*, *cierto*... Pero quando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que D. Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un Señor muy mirado, muy puntual... Tan buen cristiano! Tan atento! Tan bien hablado! Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. Qué ropa blanca! Qué batería de cocina! Y qué despensa, llena de quanto Dios crió!... Pero, tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

[1] Vase Rita por la puerta del foro.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señora, bien lo oygo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua; pajaritas del ayre, que apetecieras, las tendrias: porque como el te quiere tanto, y es un Caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras, el que siempre que to hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... Pues no es cosa particular, Señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

No es buen empeño de... Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... Perdóneme Dios.

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

Me quieres engañar á mi, eh? Ay! hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion, para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA.

Perdida soy [1].

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre... Como si tal madre

[1] Aparte.

no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... Mire usted qué juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre Monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella Monja tambien... Ni que entiende ella de eso, ni que... En todos los estados se sirve á Dios, Frazquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla, y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DONA IRENE.

Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No Señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DONA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darias, sino te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA.

Pobre de mí [1]!

ESCENA V.

D. DIEGO [2]. DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues, cómo tan tarde?

D. DIEGO.

Apénas salí, tropecé con el Padre Guardian de S. Diego y el Doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... [3]. Y á todo esto como va?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

Y Doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita, siempre acordándose de sus Monjas. Ya la digo, que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.

Qué diantre! Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así, tan...

[1] Aparte.

[2] Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.

[3] Siéntase junto á Doña Irene.

D. DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra : y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... [1]. Pero, de veras, Doña Paquita, se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero, si ella no...

D. DIEGO.

Déjela usted, Señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida, y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, Señor. No ve usted que...

D. DIEGO.

Calle usted por Dios, Doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es : que la chica esté llena de miedo y no se atreva á decir una palabra, que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No, Señor, lo que dice su Merced eso digo yo. Lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

[1] Asiendo de una mano á Doña Francisca la hace sentar inmediata á él.

D. DIEGO.

Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan: eso sí, todo eso sí; pero mandar!... Y quien ha de evitar despues, las resultas funestas de lo que mandáron?... Pues cuantas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... Cuantas veces una desdichada muger, halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tio se empeñáron en regalar á Dios, lo que Dios no queria?... Eh! No, Señor, eso no va bien... Mire usted, Doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad, son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible, que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme, con aquel amor tranquilo y constante, que tanto se parece á la amistads y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en usa decente libertad... Decente: que yo no culpo lo que no se opone al exercicio de la virtud. Pero, qual seria entre todas ellas, la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante, mas apetecible que yo? Y en Madrid, figúrese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, Señor D. Diego, que...

D. DIEGO.

Voy á acabar, Señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero, si á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno : sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo : mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted Paquita : sinceridad. El cariño que á usted la tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe my bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon : créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

Puedo hablar ya, Señor?

D. DIEGO.

Ella, ella debe hablar; y sin apuntador y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

D. DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á

ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, Señor D. Diego, que ni con ella ni conmigo. En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á quantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envia memorias con el Ordinario.

D. DIEGO.

Y bien, Señora, que escribió el padrino?... O por mejor decir, que tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?...

DOÑA IRENE.

Sí, Señor que tiene que ver, si Señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un Padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que él me envió, sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun Catedrático, ni Bachiller. ni nada de eso; sino un qualquiera; como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el Ramo del viento que apénas le da para comer... Pero, es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Quasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible si no que adivinase, lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO.

Pero, Señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos términos, que... Ella otros amores, ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... Válgame Dios!... La mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid, cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento, al lado de aquella santa muger. Díselo, para que se tranquilice y...

D. DIEGO.

Yo, Señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé que decir. Si ustedes se enfadan.

D. DIEGO.

No, hija mia. Esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Sí, Señor; que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que Doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señor, que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No Señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos, no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, Señor D. Diego... A una huérfana, pobre, desvalida como yo!..

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Mamá [1].

DOÑA IRENE.

Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señora.

[1] Levántase Doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.

DOÑA IRENE.

Y cuanto procuro tu bien? Que no tengo otro pío, sino el de verte colocada, ántes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

Hija de mi vida!... Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señora.

DOÑA IRENE.

Ay! que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué? No la quiero yo á usted?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí [1]. No venga alguno y nos halle á los tres, llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Sí, dice usted bien [2].

ESCENA VI.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... Eh! chit... Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

[1] Levántase Don Diego y despues Doña Irene.

[2] Vanse los dos al cuarto de Doña Irene. Doña Francisca va detras y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.

DOÑA FRANCISCA.

Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Dios!... Y qué debo hacer?

RITA.

Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es, no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... Y juicio... Y mire usted que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, Señorita, y resolucion [1].

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

ESCENA VII.

D. CARLOS [2]. DOÑA FRANCISCA.

D. CARLOS.

Paquita... Vida mia! Ya estoy aquí... Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

[1] Rita se va al cuarto de Doña Irene.

[2] Sale por la puerta del foro.

D. CARLOS.

Cómo tan triste?... No merece mi llegada mas alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas, que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fuéron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

En donde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto [1].

D. CARLOS.

Sola?

DOÑA FRANCISCA.

No, Señor.

D. CARLOS.

Estará en compañia del prometido esposo [2]. Mejor... Pero, no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas: solos estan... Qué piensa usted hacer?

D. CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero, tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle, porque quiere bien á una muger, tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamos,

[1] Señalando al cuarto de Doña Irene.

[2] Se acerca al cuarto de Doña Irene, se detiene, y vuelve.

ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case cone él.

D. CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre, asi que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

Qual?... No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos estan de acuerdo, y dicen...

D. CARLOS.

Bien... Dirán... Pero, no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte: me ofrece tantas cosas, me...

D. CARLOS.

Y usted qué esperanza le da?... Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA.

Ingrato!... Pues no sabe usted que... Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y ántes perderé la vida, que renunciar el lugar

que tengo en ese corazon... Todo él es mio... Digo bien [1]?

DOÑA FRANCISCA.

Pues de quien ha de ser?

D. CARLOS.

Hermosa! Qué dulce esperanza me anima!.. Una sola palabra de esa boca, me asegura... Para todo me da valor... En fin : ya estoy aquí, usted me llama para que la défienda, la libre, la cumpla una obligacion, mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso : á quien, mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato, ni mas querido, que yo : es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y

[1] Asiéndola de las manos.

esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

Y qué se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas: que siempre seré obediente y buena... Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CARLOS.

Yo le buscaré... No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

Pues no he de tenerla? Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, que habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto: sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como Caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere [1].

D. CARLOS.

Qué llanto!... Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, quien puede oponérsele? Nada hay que temer.

[1] Se enternece y llora.

DOÑA FRANCISCA.

Es posible.

D. CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA. D. CARLOS. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted Señor galan, ya pude tambien disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana... Con la luz del dia verémos á este dichoso competidor.

RITA.

Un Caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquin [1].

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

[1] Se va por la puerta del foro.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

D. CARLOS.

Descansar con zelos?

DOÑA FRANCISCA.

De quien?

D. CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios: vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

A Dios [1].

ESCENA IX.

D. CARLOS. CALAMOCHA. RITA.

D. CARLOS.

Quitármela [2]! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnándolo su hija... Mediando yo... Sesenta años!... Precisamente será muy rico... El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA.

Pues, Señor [3], tenemos un medio cabrito asado, y... A lo ménos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros; sin anapelos,

[1] Entrase al cuarto de Doña Irene.

[2] Paseándose con inquietud.

[3] Sale Calamocha por la puerta del foro.

ni otra materia extraña: bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. CARLOS.

Vamos... Y á donde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de Herrador.

RITA.

Quien quiere sopas [1]?

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero, lo agradece, Señor militar [2].

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

Con que, vamos?

CALAMOCHA.

Ay! ay! ay!... [3]. Eh! chit, digo...

[1] Sale Rita par la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.

[2] Entrase al quarto de Doña Irene.

[3] Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve:

D. CARLOS.

Qué?

CALAMOCHA.

No ve usted lo que viene por allí?

D. CARLOS.

Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero, quien diablos le...

D. CARLOS.

Y qué harémos?

CALAMOCHA.

Qué se yo?... Sonsacarle, mentir y... Me da usted licencia para que...

D. CARLOS.

Sí, miente lo que quieras... A que habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON [1]. D. CARLOS. CALAMOCHA.

CALAMOCHA.

Simon, tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

Cuanto me alegro de...

se acerca á D. Cárlos, y hablan aparte hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.

[1] Sale por la puerta del foro.

D. CARLOS.

Hombre! tú en Alcalá? Pues qué novedad es esta?

SIMON.

Oh! que estaba usted ahí, Señorito... Voto va sanes!

D. CARLOS.

Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

Quien me habia de decir á mí... Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... Con que usted irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habras venido con algun encargo del amo.

SIMON.

Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

Alguna cobranza, tal vez. Eh?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... No has venido á eso?

SIMON.

Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco, no le hay en toda la campiña... Con que usted viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

O va usted allá?

D. CARLOS.

Adonde?

SIMON.

A Zaragoza. No está allí el Regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, no habíamos de haber andado mas de quatro leguas?

SIMON.

Que sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de quatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA.

Maldito [1] seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.

D. CARLOS.

Pero aun no me has dicho, si mi tio está en Madrid, ó en Alcalá, ni á que has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí, Señor; voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

[1] Aparte, separándose de Simon.

ESCENA XI.

D. DIEGO. D. CARLOS. SIMON. CALAMOCHA.

D. DIEGO.

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita [1].

D. CARLOS.

Mi tio!...

D. DIEGO.

Simon [2].

SIMON.

Aquí estoy, Señor.

D. CARLOS.

Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos... Pero... Quien es?

SIMON.

Un amigo de usted, Señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto!

D. DIEGO.

Comó, un amigo?... Qué?... Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tio [3].

[1] Desde adentro, D. Cárlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.

[2] Sale D. Diego del cuarto de Doña Irene encaminándose al suyo: repara en D. Cárlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.

[3] En ademan de besar la mano á D. Diego, que le aparta de sí con enojo.

D. DIEGO.

Quítate de ahí.

D. CARLOS.

Señor.

D. DIEGO.

Quítate... No sé como no le... Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Si usted se altera y...

D. DIEGO.

Qué haces aquí!

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

D. DIEGO.

Siempre dándome que sentir, siempre! Pero...[1]. Qué dices? De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... Qué te sucede?... Porqué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A tí no te pregunto nada... Porqué has venido de Zaragoza, sin que yo lo sepa?... Porque te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho, que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. CARLOS.

No, Señor: que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

Pues á qué veniste?... Es desafío? Son deudas?

[1] Acercándose á D. Cárlos.

Es algun disgusto con tus Gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá [1]. Dime que ha sido?

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado el verme.

D. DIEGO.

Y qué otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas, Señor.

D. DIEGO.

Pues qué desgracia era aquella, de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este parage... Y haberle disgustado tanto; quando yo esperaba sorprehenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

No hay mas?

D. CARLOS.

No, Señor.

[1] Asiendo de una mano á D. Cárlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.

D. DIEGO.

Míralo bien.

D. CARLOS.

No, Señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, Señor... Ni quien ha de permitir que un Oficial se vaya cuando se le antoje y abandonne de ese modo sus vanderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz: que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto, como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores: que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un Oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud.

D. CARLOS.

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos esos motivos no valen nada... Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su

tio de usted no es verle cada ocho dias; sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero [1] yo tomaré mis medidas, para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, si...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos [2] y con las maletas, al meson de afuera... Usted [3] no ha de dormir aquí... Vamos [4], tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... [5]. Qué dinero tienes ahí...

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas [6].

D. DIEGO.

Dámelas acá... Vamos, qué haces?... [7]. No he

[1] Alza la voz, y se pasea inquieto.
[2] A Calamocha.
[3] A D. Cárlos.
[4] A Calamocha.
[5] A Simon.
[6] Saca de un bolsillo unas monedas, y se las da á D. Diego.
[7] A Calamocha.

dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú [1], ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí, hasta que se hayan ido [2].

ESCENA XII.

D. DIEGO. D. CARLOS.

D. DIEGO.

Tome usted [3]. Con eso hay bastante para el camino. Vamos, que quando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues, bien, ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera [4]. Allí puedes dormir, miéntras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí, por ningun pretexto, ni entres en la Ciudad... Cuidado. Y á eso de las tres

[1] A Simon.

[2] Los dos criados entran en el quarto de D. Cárlos.

[3] Le da el dinero.

[4] A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de D. Cárlos, y se van por la puerta del foro.

ó las cuatro, marchar. Mira que yo he de saber á la hora que sales. Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.

Sí Señor: haré lo que usted manda.

D. DIEGO.

Muy bien... A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.

Pues que hice yo?

D. DIEGO.

Si, te digo que lo sé, y que te lo perdono que mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.

Quede usted con Dios [1].

D. DIEGO.

Sin besar la mano á su tio. Eh?

D. CARLOS.

No me atreví [2].

D. DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.

Qué dice usted? No lo permita Dios.

[1] Hace que se va, y vuelve.

[2] Besa la mano á D. Diego y se abrazan.

D. DIEGO.

Quien sabe, hijo mio! Tienes algunas deudas? Te falta algo?

D. CARLOS.

No, Señor, ahora no.

D. DIEGO.

Mucho es : porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien : yo escribiré al Señor Aznar para que te de cien doblones, de órden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. CARLOS.

No, Señor, en mi vida.

D. DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores : jornadas regulares y nada mas. Vas contento?

D. CARLOS.

No, Señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... A Dios...

D. CARLOS.

Queda usted enojado conmigo?

D. DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir [1]. Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.

No lo dude usted.

[1] Poniéndole ámbas manos sobre los hombros.

D. DIEGO.

Como Oficial de honor.

D. CARLOS.

Así lo prometo.

D. DIEGO.

A Dios, Carlos [1].

D. CARLOS.

Y la dejo!... [2] y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

D. DIEGO.

D. DIEGO.

Demasiado bien se ha dispuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho no importa nada... Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es [3].

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA. RITA [4].

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

[1] Abrázanse.

[2] Aparte, al irse por la puerta del foro.

[3] Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.

[4] Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.

DOÑA FRANCISCA.

Un camino tan largo!

RITA.

A lo que obliga el amor, Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo que no hiciera por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entónces será ella... El pobre D. Diego, que chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted que Señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero, ya es otro tiempo, Rita. D. Féliz ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.

Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él [1].

DOÑA FRANCISCA.

A qué vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

[1] Encaminándose al cuarto de Doña Irene.

DOÑA FRANCISCA.

Sí: tráele: no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra Calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir. Y ese maldito porton, que rechina, que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está [1].

ESCENA XV.

SIMON [2]. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

[1] Vase al cuarto de Doña Irene.
[2] Sale por la puerta del foro.

DOÑA FRANCISCA.

Los arrieros?

SIMON.

No, Señora. Un Oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

Quienes dice usted que son?

SIMON.

Un Oficial de caballería y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí?

SIMON.

Sí Señora : ahí en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegáron esta tarde, y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, Señorita [1].

ESCENA XVI.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio de mi alma! Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada [2]!

RITA.

Señorita, yo vengo muerta [3].

[1] Vase al cuarto de D. Diego.

[2] Siéntase en una silla inmediata á la mesa.

[3] Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa, abre la puerta del cuarto de D. Carlos y vuelve.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! qué es cierto!... Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

Y eran ellos?

RITA.

Sí, Señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero se han ido fuera de la Ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista, hasta que salièron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

Indigno!... Hombre indigno!

RITA.

Señorita...

DOÑA FRANCISCA.

En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy tremblando toda... Pero. Si es incomprehensible... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

Pues no le quise mas que á mi vida?... No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé que decir, al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... Y vino para esto?... Para engañarme, para abandonarme así [1]!

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... Porqué ha de tener zelos? Y aun eso mismo, deberia enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... Y en qué situacion me deja!... Pero, ves qué malvado?

RITA.

Sí, Señora, ya lo conosco.

DOÑA FRANCISCA.

Qué bien supo fingir!... Y con quien? Conmigo... Pues yo merecí ser engañada tan ale-

[1] Levántase, y Rita la sostiene.

vosamente?... Mereció mi cariño este galardon?... Dios de mi vida! qual es mi delito, qual es [1]?

[1] Rita coge la luz, y se van entrámbas al cuarto de Doña Francisca.

ACTO TERCERO.

ESCENA I [1].

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo ménos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella, no se... Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño, hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... [2]. Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Qué estaba usted ahí, Señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un Emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion!... Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

[1] Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale D. Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.

[2] Simon despierta, y al oir á D. Diego se incorpora y se levanta.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... Y qué hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el relox de S. Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

Pero, si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

No ves qué venida tan intempestiva? y...

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que, por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante. Eh?

D. DIEGO.

No, qué! No, Señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias

nos cogia... Te aseguro que cuando [1] se fué me quedó un ansia en el corazon... Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

Y quien será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas, en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos [2].... Pues dígole á usted que toca muy lindamente el pícaro del Barberillo.

D. DIEGO.

No: no hay Barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

[1] Suena ná lo léjos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.

[2] Tocan una sonata desde adentro.

D. DIEGO.

No, dejarlos... Pobre gente! Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música... [1]. No gusto yo de incomodar á nadie.

SIMON.

Señor... Eh!... Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO.

Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO.

Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA. RITA. D. DIEGO. SIMON.

RITA.

Con tiento, Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared, no voy bien [2]?

RITA.

Sí, Señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA.

Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

[1] Sale de su cuarto Doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. D. Diego y Simon se retiran á un lado y observan.

[2] Vuelven á probar el instrumento.

DOÑA FRANCISCA.

Calla [1]..... Sí, él es... Dios mio!... [2]. Ve, responde... Albricias corazon. Él es.

SIMON.

Ha oido usted?

D. DIEGO.

Sí.

SIMON.

Qué querrá decir esto?

D. DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

Yo soy [3]... Y qué habia de pensar, viendo lo que usted acaba de hacer?... Qué fuga es esta?... Rita [4], amiga por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... Para siempre? Triste de mí!... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... Ay! D. Féliz, nunca le he visto á usted tan tímido... [5]. No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... Y no he de saber yo, hasta que llegue el dia, los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su

[1] Repiten desde adentro la sonata anterior.

[2] Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.

[3] Doña Francisca se asoma á la ventana; Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones, mas ó ménos largas, que deben hacerce.

[4] Apartándose de la vantana, y vuelve despues.

[5] Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.

Paquita de usted se lo manda... Y cómo le parece á usted que estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga usted [1].

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... [2]. Ay!

DOÑA FRANCISCA.

Muerta voy!

ESCENA III.

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Qué grito fuú ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse, tropezó conmigo.

D. DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, Señor [3].

D. DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

[1] Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.

[2] Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de Doña Francisca.

[3] Tentando por el suelo, cerca de la ventana.

SIMON.

Le tiráron desde la calle?

D. DIEGO.

Sí... Qué amante es este?... Y diez, y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está [1].

D. DIEGO.

Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante [2].

ESCENA IV.

D. DIEGO.

D. DIEGO.

Y á quien debo culpar? Es [3] ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ú yo?... Sobre quien... Sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! Qué felicidades me prometia!... Zelos!... Yo?... En qué edad tengo zelos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza, de qué provienen? Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que [4]... Si.

[1] Halla la carta y se la da á D. Diego.

[2] Vase Simon por la puerta del foro.

[3] Apoyándose en el respaldo de una silla.

[4] Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de Doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.

ESCENA V.

RITA. D. DIEGO. SIMON.

RITA.

Ya se han ido... [1]. Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito; pero el Señor D. Féliz es un grandísimo picaron... Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... Ojalá no los hubiéramos conocido! Y este maldito papel... Pues buena la hiciéramos, si no pareciese... Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz [2].

RITA.

Perdida soy!

D. DIEGO.

Rita! Pues tú aquí [3]?

RITA.

Sí, Señor, porque...

D. DIEGO.

Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oimos un ruido muy grande...

SIMON.

Sí, eh?

[1] Rita observa y escucha, asómase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.

[2] Sale con luz. Rita se sorprehende.

[3] Acercándose.

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire [1] usted, era la jaula del tordo... Pues, la jaula era, no tiene duda... Válgate Dios! Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido... Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido [2].

SIMON.

Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

Ah! Deje usted, encenderémos esta [3], que ya lo que no se ha dormido...

D. DIEGO.

Y Doña Paquita duerme?

RITA.

Sí, Señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

[1] Alza la jaula que está en el suelo.
[2] Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.
[3] Enciende la vela que está sobre la mesa.

D. DIEGO.

Vamos [1].

ESCENA VI.

DONA FRANCISCA. RITA.

DOÑA FRANCISCA.

Ha parecido el papel?

RITA.

No, Señora.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí los dos, cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo; sin poder escapar, ni saber que disculpa darles [2].

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... Y ese papel?

RITA.

Yo no le encuentro, Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos; no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo ménos por aquí...

[1] D. Diego se entra en su cuarto. Simon va con él, llevándose una de las luces.

[2] Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.

DOÑA FRANCISCA.

Yo estoy loca [1].

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo, me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse: que la habia escrito para dejársela á persona fiel, que la pusiera en mis manos; suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... Hay tantas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad, que la vida de esa infeliz... Dios mio, perdon!... Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

Ay! Señorita [2] que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa: déjame.

RITA.

Pero si D. Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, qué puedo temer?...

[1] Siéntase.

[2] Mirando hácia el cuarto de D. Diego.

Y piensas tú que tengdo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

D. DIEGO. SIMON. DOÑA FRANCISCA. RITA.

SIMON.

Voy enterado: no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, miéntras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... Las dos aquí, eh?... Con que, vete, no se pierda tiempo [1].

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, Doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Ha llamado ya Doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No, Señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir [2].

[1] Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de D. Diego, se va Simon por la del foro.

[2] Rita se va al cuarto de Doña Irene.

ESCENA VIII.

D. DIEGO. DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

Usted no habrá dormido bien esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

No, Señor. Y usted?

D. DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO.

Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

D. DIEGO.

Qué siente usted [1]?

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

D. DIEGO.

Algo será: porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... Qué tiene usted, Paquita? No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Pues porqué no hace usted mas confianza de mí? Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

[1] Siéntase junto á Doña Francisca.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO.

Eso quiere decir, que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO.

Pues de quien, hija mia?... Venga usted acá...[1]. Hablemos, siquiera una vez, sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted: no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? Cuanto va, que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

D. DIEGO.

Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo? Que le quiera bien; y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, no Señor.

D. DIEGO.

Mírelo usted bien.

[1] Acércase mas.

DOÑA FRANCISCA.

No le digo á usted que no?

D. DIEGO.

Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacíon al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no Señor... Nunca he pensado así.

D. DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero, de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro; ni debo rezelar que nadie me dispute su mano... Pues qué llanto es ese? De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apénas le reconozco? Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí? De casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? Se anuncian así la alegría y el amor [1]?

DOÑA FRANCISCA.

Y qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. DIEGO.

Pues, qué? Si yo prescindo de estas consideraciones: si apresuro las diligencias de nuestra

[1] Vase iluminando lentemente el teatro suponiendo que viene la luz del dia.

union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. DIEGO.

Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues... Y miéntras me dure la vida, seré muger de bien.

D. DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero, si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad; sino par emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen *tanto*.

DOÑA FRANCISCA.

Dichas para mí... Ya se acabáron.

D. DIEGO.

Porqué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré porqué.

D. DIEGO.

Pero, qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir, que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, Señor D. Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias; hoy llegarémos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

D. DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes, con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinationes, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, ménos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya estan bien criadas: y se llama excellente educacion la que ins-

pira en ellas, el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea qual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levratado.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio!

D. DIEGO.

Sí, Paquita conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes, como la imaginacion las pinta... Mire usted qué desórden este! Qué agitacion! Qué lágrimas! Vaya, me da usted palabra de presentarse, así... Con cierta serenidad, y... Eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, Señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, á quien he de volver los ojos? Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... Como es posible que yo la abandonase... Criatura!... en la situacion dolorosa en que la veo [1]?

[1] Asiéndola de las manos.

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco [1].

D. DIEGO.

Qué hace usted, niña?

DOÑA FRAANCISCA.

Yo no sé... Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... Ay! qué infeliz soy, Señor D. Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece, como puede, el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... Qué sé yo?... Una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente! Usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... No viene usted?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto [2].

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

[1] Quiere arrodillarse, D. Diego se lo estorba y ámbos se levantan.

[2] Encaminándose al cuarto de Doña Irene, vuelve y se despide de D. Diego besándole las manos.

ESCENA IX.

SIMON. D. DIEGO.

SIMON.

Ahí estan, Señor.

D. DIEGO.

Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo léjos; que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuviéron, y apénas llegué y le dije al Señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas y está abajo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisara yo: por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

D. DIEGO.

Y qué dijo, cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una palabra... A mí me ha dado compasion el verle, así, tan...

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

Yo, Señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... Compasion! Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, Señor [1].

D. DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

D. CARLOS. D. DIEGO.

D. DIEGO.

Venga usted acá, Señorito; venga usted... En donde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

Y no has salido de allí en toda la noche. Eh?

D. CARLOS.

Sí, Señor, entré en la Ciudad, y...

D. DIEGO.

A qué? Siéntese usted.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto... [2].

D. DIEGO.

Precision!

D. CARLOS.

Sí, Señor... Le debo muchas atenciones, y no

[1] Vase por la puerta del foro. D. Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.

[2] Siéntase.

era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... Porqué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor occasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie [1].

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, para qué me llama? Porqué no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la qual ni usted ni yo quedarémos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. CARLOS.

Para qué saber mas?

D. DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. Oiga!

D. CARLOS.

Bien está.

D. DIEGO.

Siéntate ahí... [2]. En donde has conocido á esta niña?... Qué amor es este? Qué circunstancias

[1] Dándole el papel que tiráron á la ventana. D. Cárlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.

[2] Siéntase D. Cárlos.

han ocurrido?... Qué obligaciones hay entre los dos? Donde, cuando la viste?

D. CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara, sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeámos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta: prometiéndome que al siguiente, me dejaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la Señora habia sacado aquel dia del convento, para que se esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El Intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba D. Féliz de Toledo, nombre que dió Calderon á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella Ciudad; evitando que llegase á noticia de usted... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separámos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fuéron muchos. Enfin... Pero, no quisiera ofender á usted refiriéndole...

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CARLOS.

Supe que era hija de una Señora de Madrid, viuda y pobre; pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía: y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la Ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que Doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que miéntras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.

Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las quales respondian con otras tres, desde una ventanilla que daba al corral de las Monjas. Hablábamos todas las noches: muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella D. Féliz de Toledo, Oficial de un Regimiento, estimado de mis Gefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas; ni la di á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia

nombrarle á usted, ni quise exponerla, á que las miras de interes y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consoláron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo, como su madre trataba de casarla; que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para que decírselo.

D. DIEGO.

Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia, aplauden este casamiento. Ella... Y sean las que fueren las promesas que á tí hizo... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que.

D. CARLOS.

Pero no el corazon [1].

D. DIEGO.

Qué dices?

D. CARLOS.

No, eso no... Seria ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud, pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprehende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

Qué temeridad es esta [2]?

D. CARLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra, sin ofenderle... Pero aca-

[1] Levántase.

[2] Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia D. Cárlos, el qual se va retirando.

bemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz y no me aborrezca: que yo, en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero, no se me niegue, á los ménos, el consuelo de saber que usted me perdona.

D. DIEGO.

Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.

Al instante, Señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

Porqué?

D. CARLOS.

Porqué no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... Entónces...

D. DIEGO.

Qué quieres decir [1]?

D. CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porqué soy soldado.

D. DIEGO.

Cárlos!... qué horror!... Y tienes corazon para decírmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene... [2]. Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

[1] Asiendo de un brazo á D. Cárlos, le hace venir mas adelante.

[2] Mirando con inquietud hácia el cuarto de Doña Irène,

D. DIEGO.

Adonde vas?... No, Señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada, nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

D. CARLOS.

Pero si...

D. DIEGO.

Haz lo que te mando [1].

ESCENA XI.

DOÑA IRENE. D. DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, Señor D. Diego, es ya la de vámonos?... Buenos dias... [2]. Reza usted?

D. DIEGO.

Sí, para rezar estoy ahora [3].

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al Mayoral, para que enganchen luego que... Pero qué tiene usted, Señor?... Hay alguna novedad?

se desprende de D. Diego y hace ademan de irse por la puerta del foro. D. Diego va detras de él y quiere impédirselo.

[1] Entrarse D. Cárlos en el cuarto de D. Diego.

[2] Apaga la luz que está sobre la mesa.

[3] Paseándose con inquietud.

D. DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Dígalo usted por Dios. Vaya, vaya!.. No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así repentina, me remueve toda y me... Desde el último malparto que tuve, quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos: nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos: ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Estan recogiendo la ropa y haciendo el cofre; para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse [1] por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio, quando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí Señor que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

[1] Siéntanse los dos.

D. DIEGO.

Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien vamos hable usted.

D. DIEGO.

Está enamorada, pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

Qué dice usted?

D. DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero quien le ha contado á usted esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado: y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya qué llanto es ese?

DOÑA IRENE.

Pobre de mí[1]!

D. DIEGO.

A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO.

Señora Doña Irene...

[1] Llora.

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera : como un estropajo; como una puerca cenicienta, vamos al decir... Quien lo creyera de usted?... Válgame Dios!... Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire usted, Señora, que se me acaba ya la paciencia...

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno : y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un Comisario Ordenador, y si no hubiera sido por dos Padres del Cármen que se pusiéron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero, es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

Ay! no Señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no Señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora Doña Irene : hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay,

llore y gima y grite y diga cuanto quiera... Pero entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar, y á...

DOÑA IRENE.

No, Señor, ya no lloro [1].

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó ménos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ámbos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, léjos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En este supuesto...

DOÑA IRENE.

Pero no conoce usted, Señor que todo es un chisme: inventado por alguna mala lengua, que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No Señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

Qué ha de saber usted, Señor? Ni qué traza tiene eso de verdad? Con que, la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete reviérnes, acompañada de aquellas santas

[1] Enjúgase las lágrimas con un pañuelo.

Religiosas!... Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conose que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues, bonita es ella, para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, Señora Doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la qual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es: que la Madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las Madres, y usted y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado, muy de ligero, con la voluntad de su hija... Vaya, para qué es cansarnos? Lea usted ese papel [1] y verá si tengo razon.

DOÑA IRENE.

Yo he de volverme loca!... Francisquita... Vírgen del Tremedal!... Rita, Francisca.

D. DIEGO.

Pero, á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí Señor, que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

[1] Saca el papel de D. Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase D. Diego y procura en vano contenerla.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA. RITA. DOÑA IRENE. D. DIEGO.

RITA.

Señora.

DOÑA FRANCISCA.

Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí: porque el Señor D. Diego nos trata de un modo, que ya no se puede aguantar. Qué amores tienes, niña? A quien has dado palabra de matrimonio? Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... Quien ha escrito este papel! Qué dice?... [1].

RITA.

Su letra es [2].

DOÑA FRANCISCA.

Qué maldad!... Señor D. Diego, así cumple usted su palabra?

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... [3]. No hay que temer... Y usted,

[1] Presentando el papel abierto á Doña Francisca.

[2] Aparte, á Doña Francisca.

[3] Asiendo de una mano á Doña Francisca, la pone á su lado.

Señora: escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... [1]. Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Miéntras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiráron á la ventana... No hay que asustarse; ya lo he dicho [2]. *Bien mio: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apénas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo; y al verle, no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la Ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo D. Cárlos, no D. Féliz... D. Diego es mi tio. Viva usted dichosa y olvide para siempre á su infeliz amigo = Cárlos de Urbina.*

DOÑA IRENE.

Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

Triste de mí!

DOÑA IRENE.

Con que es verdad lo que decia el Señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí [3].

DOÑA FRANCISCA.

Madre... Perdon.

[1] Quitándola el papel de las manos á Doña Irene.

[2] Lee.

[3] Se encamina hácia Doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y D. Diego procuran estorbárselo.

DOÑA IRENE.

No Señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

Qué locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

D. CARLOS. D. DIEGO DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA.

D. CARLOS.

Eso no...[1]. Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

Cárlos!

D. CARLOS.

Disimule[2] usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

Qué es lo que me sucede, Dios mio!... Quien es usted?... Qué acciones son estas?... Qué escándalo?

D. DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y ma-

[1] Sale D. Cárlos del cuarto precipitadamente : coge de un brazo á Doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.

[2] Acercándose á D. Diego.

tarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger [1].

DOÑA IRENE.

Con que su sobrino de usted?...

D. DIEGO.

Sí, Señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... Qué es esto, hijos mios, qué esto?

DOÑA FRANCISCA.

Con que usted nos perdona y nos hace felices?

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí [2].

DOÑA IRENE.

Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Cárlos!... Paquita! Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS.

Si nuestro amor [3], si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

Con que el bueno de D. Cárlos! Vaya que...

[1] D. Cárlos va adonde está doña Francisca: se abrazan y ámbos se arrodillan á los pies de D. Diego.

[2] Los hace levantar con expresiones de ternura.

[3] Besándole las manos.

D. DIEGO.

El y su hija de usted estaban locos de amor, miéntras usted y las tias fundaban castillos en el ayre, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido, como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece : estas son las seguridade que dan los padres y los tutores, y esto, lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... Ay! de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, Señor, venga usted; que quiero abrazarle... [1]. Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido. Cierto que es un mozo galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos [2].

DOÑA FRANCISCA.

Pero, ves que alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO.

Paquita hermosa [3] : recibe los primeros abra-

[1] Abrázanse D. Cárlos y Doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.

[2] Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.

[3] Abraza á Doña Francisca.

zos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros [1] seréis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos; podré decir: á mi me debe su existencia este niño inocente, si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

[1] Asiendo de las manos á Doña Francisca y á D. Cárlos.

FIN.

LA
COMEDIA NUEVA,
Ó EL CAFÉ.

COMEDIA
EN DOS ACTOS, EN PROSA.

PERSONAS.

D. ELEUTERIO.
DOÑA AGUSTINA.
DOÑA MARIQUITA.
D. HERMOGENES.
D. PEDRO.
D. ANTONIO.
D. SERAPIO.
PIPI.

La escena es en un Café de Madrid.

El Teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café: en el fondo del Teatro una puerta con escalera, que conduce á la habitacion principal, y otra puerta [illegible], que da paso á la calle.

LA COMEDIA NUEVA, Ó EL CAFÉ:

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON ANTONIO sentado junto á una mesa y PIPI.

D. ANTONIO.

PARECE que se hunde el techo! Pipí?

PIPÍ.

Señor?

D. ANTONIO.

Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? Son locos?

PIPÍ.

No, Señor: Poetas.

D. ANTONIO.

Cómo Poetas?

PIPÍ.

Sí, Señor: así lo fuera yo! No es cosa! y han tenido una gran comida, mucho Burdeos, Pajarete y Marasquino: uh!

D. ANTONIO.

Y con qué motivo se hace esa francachela?

PERSONAS.

D. ELEUTERIO.
DOÑA AGUSTINA.
DOÑA MARIQUITA.
D. HERMOGENES.
D. PEDRO.
D. ANTONIO.
D. SERAPIO.
PIPI.

La escena es en un Café de Madrid.

El Teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café: en el fondo del Teatro una puerta con escalera, que conduce á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

LA COMEDIA NUEVA, Ó EL CAFÉ:

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON ANTONIO sentado junto á una mesa y PIPI.

D. ANTONIO.

Parece que se hunde el techo! Pipí?

PIPÍ.

Señor?

D. ANTONIO.

Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? Son locos?

PIPÍ.

No, Señor: Poetas.

D. ANTONIO.

Cómo Poetas?

PIPÍ.

Sí, Señor: así lo fuera yo! No es cosa! y han tenido una gran comida, mucho Burdeos, Pajarete y Marasquino: uh!

D. ANTONIO.

Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPÍ.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la Comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO.

Con que han hecho una Comedia? Haya pi carillos!

PIPÍ.

Pues qué, no lo sabia usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el Diario.

D. ANTONIO.

En efecto, aquí está. *Comedia nueva, intitulada: El gran cerco de Viena.* No es cosa! del sitio de una Ciudad hacen una Comedia: si son el diantre! Ay, amigo Pipí, cuanto mas vale ser mozo de Café, que Poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues, mire usted (la verdad), yo me alegrara de saber hacer así alguna cosa...

D. ANTONIO.

Cómo?

PIPÍ.

Así de versos... Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO.

Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos: tan pocos, tan pocos.....

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son

del arte. Válgame Dios! cuántos han echado por aquella boca!... hasta las mugeres.

D. ANTONIO.

Oiga! tambien las Señoras decian coplillas?

PIPÍ.

Vaya! Allí hay una Doña Agustina, que es muger del Autor de la Comedia... Qué! si usted viera: unas décimas componia de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel D. Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO.

D. Hermógenes está arriba?... Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se ha estado jugando, y cuando la decian: Mariquita, una cópla, vaya una copla; se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuviéron azuzando á ver si rompia, nada, empezó una décima y no la pudo acabar, porque decia que no encontraba el consonante; pero Doña Agustina, su cuñada... oh! aquella sí... Mire usted lo que es... ya se ve, en teniendo vena...

D. ANTONIO.

Seguramente. Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

Oh! ese es D. Serapio.

D. ANTONIO.

Pero, qué es? qué ocupacion tiene?

PIPÍ.

Él es... mire usted... á él le llaman D. Serapio...

D. ANTONIO.

Ah! sí. Ese es aquel bullebulle, que hace gestos á las Cómicas, y las tira dulces á la silla, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada, y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del Sobresaliente, y las Partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar, y arma unas disputas con los Peluqueros, que es un gusto oirle: luego se va allá abajo al barrio de Jesus: se juntan cuatro amigos, hablan de Comedias, altercan, rien, fuman en los portales; D. Serapio los introduce aquí y acullá, hasta que da la una, se despiden, y él se va á comer con el Apuntador.

D. ANTONIO.

Y ese D. Serapio es amigo del Autor de la Comedia nueva?

PIPÍ.

Toma! son uña y carne: y él ha compuesto el casamiento de Doña Mariquita, la hermana del Poeta, con D. Hermógenes.

D. ANTONIO.

Qué me dices! D. Hermógenes se casa?

PIPÍ.

Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya, porque el novio no tiene un cuarto, ni el Poeta tampoco; pero le ha dicho, que con el dinero que le den por esta Comedia

y lo que ganará en la impression, les pondrá la casa, y pagará las deudas de D. Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO.

Sí serán, cáspita! sí serán... Pero, y si la Comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, qué harán entónces?

PIPÍ.

Entónces... qué sé yo... Pero qué, no Señor: si dice D. Serapio, que Comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO.

Ah! pues si D. Serapio lo dice, no hay que temer; eso es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si D. Serapio y el Apuntador sabrán muy bien donde les aprieta el zapato, y cuál Comedia es buena y cuál es mala.

PIPÍ.

Eso digo yo: pero á veces... mire usted, no hay paciencia... Ayer... qué!... les hubiera dado con un leño: viniéron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezáron á hablar de Comedias: vaya! yo no me puedo accordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno, ni autores, ni Cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro: qué se yo cuánto dijéron aquellos malditos! Y dale con el arte, la moral, y... deje usted, las... si me acordaré?... las... válgate Dios, cómo decian!... las... las reglas. Qué son las reglas?

D. ANTONIO.

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son

unas cosas, que usan allá los extrangeros, particularmente los Franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo, esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO.

Sí tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito Comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena, por mucho que se estire la cuenta, las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve... mire usted... reglas! no faltaba mas... A que no tiené reglas la Comedia de hoy?

D. ANTONIO.

Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demas que van saliendo continuamente, tampoco las tendrán, no es verdad, usted?

D. ANTONIO.

Tampoco: para qué?... no faltaba otra cosa, sino que para hacer una Comedia se gastaran reglas... no, Señor.

PIPÍ.

Bien, me alegro: Dios quiera que pegue, y luego verá usted quántas escribirá el Autor... porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los Cómicos á jornal; entónces... ya se ve; mire usted, con un buen situado...

D. ANTONIO.

Cierto. Qué simplicidad!.

' Aparte.

PIPÍ.

Entónces escribiria... Qué! todos los meses sacaria dos ó tres Comedias... como es tan hábil.

D. ANTONIO.

Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

Toma! poquito le quiere el segundo Barba! y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco Comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros: y, ya se ve, como ellos lo pagan: en diciendo, no nos ha gustado. ó así... andar... qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno... y en fin... mire usted si ellos... no es verdad?

D. ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mi que ha de dar golpe.

D. ANTONIO.

Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera: si es mozo todavía. Yo me acuerdo... habrá cuatro ó cinco años que estaba de Escribiente ahí en esa Lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo Page, y el Amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la Doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres, viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho Poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

Pues ya se ve, lo que él dice: si me sopla la Musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando, hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, y dichos.

D. PEDRO.

Café [1].

PIPÍ.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

Con leche?

D. PEDRO.

No... basta.

PIPÍ.

Quién es este [2].

D. ANTONIO.

Este es D. Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

[1] D. Pedro se sienta junto á una mesa distante de D. Antonio: Pipí le servirá el café.

[2] Al retirarse, despues de haber servido el café á D. Pedro.

PIPI.

Le veo venir aquí algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO [1], y dichos.

D. SERAPIO.

Pero, hombre, dejarnos así...

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya : la tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silvar; y quiero concluir esta mia, para que la canten mañana [2].

D. SERAPIO.

Mañana! Con que mañana se ha de cantar, y aun no estan hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura... qué dificultad! Ocho ú diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito; despues unas cuantas coplillas del Mercader que hurta, el Peluquero que lleva papeles, la Niña que está opilada, el Cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc.; y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser, la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

[1] Saldrán por la puerta del foro.

[2] D. Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro, y saca de la faltriquera papel y tintero.

D. SERAPIO.

El diantre es usted, hombre, todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo: falta muy poco: subase usted [1].

D. SERAPIO.

Voy allá; pero...

D. ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted: y si quieren mas licor, que lo súba el Mozo.

D. SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven otro par de frasquillos mas Pipí?

PIPÍ.

Señor?

D. SERAPIO.

Palabra [2].

D. ANTONIO.

Cómo va, amigo D. Pedro?

D. PEDRO.

Oh! Señor D. Antonio! No habia reparado en usted: va bien.

D. ANTONIO.

Usted á estas horas por aquí? se me hace estraño [3].

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero, he comido ahí cerca, á fin de mesa se armó una disputa entre dos Li-

[1] D. Eleuterio se pone á escribir.

[2] D. Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipí alcanza del aparador unos frasquillos y se va por la misma parte.

[3] D. Antonio se sienta cerca de D. Pedro.

teratos, que apénas saben leer: dijéron mil despropósitos; me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues, con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la Corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas: alterno los placeres con el estudio: tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida... Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y pienso que el decir francamente la verdad, es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, qué hace usted?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entónces...

D. PEDRO.

Entónces digo la verdad [1].

[1] Con entereza.

D. ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de usted: todo el mundo hace justicia á su talento, su instruccion y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

Y porqué? Porque no vengo á predicar al Café, porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana, porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres ó cuatro ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á excitar la admiracion de los tontos, y la risa de los hombres de juicio: por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un Café jamas debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO.

Pues qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar Café.

D. ANTONIO.

Viva... Pero hablando de otra cosa, qué plan tiene usted para esta tarde?

D. PEDRO.

A la Comedia.

D. ANTONIO.

Supongo qué irá usted á la pieza nueva?

D. PEDRO.

Qué, han mudado? Ya no voy [1].

[1] Pipi sale por la puerta del foro, con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.

D. ANTONIO.

Pero porqué? vea usted sus rarezas.

D. PEDRO.

Y usted me pregunta porqué? Hay mas que ver la lista de las Comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

Hola, parece que hablan de mi funcion [1].

D. ANTONIO.

De suerte, que ó es buena ó es mala: si es buena, se admira y se aplaude: si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston, y el asiento, si hubiera podido [2]: á mí me irrita lo que á usted le divierte. Yo no sé, usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo, y con una rociada de pullas, chufletas é ironías hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte, pero amigo...

[1] Escuchando la conversacion de D. Antonio y D. Pedro.

[2] Miéntras D. Pedro dice esto, D. Eleuterio guarda papel y tintero, se levanta y se va acercando poco á poco hasta ponerse en medio de los dos.

D. ANTONIO.

Sí, Señor, que me divierto... Y por otra parte, no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres, cuya felicidad estriba en su propia ignorancia Ni? cómo es posible persuadirlos...

D. ELEUTERIO.

No, pues... (con permiso de ustedes) la funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede usted ir á verlá, le gustará, le gustará.

D. ANTONIO.

Es este el Autor [1]?

PIPÍ.

El mismo.

D. ANTONIO.

Y de quién es? se sabe [2]?

D. ELEUTERIO.

Señor, es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO.

Si es ésta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agradará necesariamente; y un Gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una Nacion los progresos de la literatura, no de-

[1] D. Antonio se levanta, y pregunta esto á Pipí, que estará un poco retirado.

[2] A D. Eleuterio.

jará sin premio á cualquier hombre de talento, que sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es, que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones, que le darán los Cómicos, si la Comedia gusta, y muchas gracias.

D. ANTONIO.

Quince? pues yo creí que eran veinte y cinco [1].

D. ELEUTERIO.

No, Señor: ahora en tiempo de calor no se da mas; si fuera por el invierno... entónces...

D. ANTONIO.

Calle! con que en empezando á helar, valen mas las Comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

D. ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el Autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la Compañia; pero hay muchas envidias: unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... vaya! Luego... ya se ve, como son tantos á escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mis-

[1] D. Antonio se pasea por el teatro: D. Eleuterio, unas veces le dirige la palabra, y otras se vuelve ácia D. Pedro; pero viendo que este no le contesta ni le mira, vuelve á dirigírsela á D. Antonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará un juego de teatro.

mo acaba de llegar un Estudiante Gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas, Comedias, Follas, Zarzuelas, Saynetes... Qué se yo cuánta ensalada trae allí! y anda solicitando que los Cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. Ya se ve, quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato!

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo : ese Estudiante Gallego hará malísima obra á los Autores de la Corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima : ya ve usted como estan los comestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

Oh, sí, el cuarto! Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia.

D. ANTONIO.

No hay duda, si hay familia, es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro, que con

seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas; que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el Gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente y para mi tengo que...

D. ELEUTERIO.

La ha leido usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor, pues no se habia de imprimir?

D. PEDRO.

Pero no estará publicada.

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor.

D. PEDRO.

Mal hecho: miéntras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy expuesta! y sobretodo es demasiada confianza en un Autor novel.

D. ANTONIO.

Qué! no Señor: si le digo á usted que es excelente... Y dónde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del Diario, en la Li-

brería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los Cobradores á la entrada del Coliseo: se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del Herbolario de la calle Ancha, en la Jabonería de la calle del lobo, en la...

D. PEDRO.

Se acabará esta tarde esa relacion?

D. ELEUTERIO.

Como el Señor preguntaba...

D. PEDRO.

Pero no preguntaba tanto... Si no hay paciencia!

D. ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales... voto va!...

D. ELEUTERIO.

Véala usted aquí[1].

D. ANTONIO.

Oiga! es esta? á ver... Y ha puesto su nombre, bien, así me gusta: con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del Autor[2]. *Por D. Eleuterio Crispin de Andorra,.. Salen el Emperador Leopoldo, el Rey de Polonia, y Federico, Senescal, vestidos de gala; con acompañamiento de Damas y Magna-*

[1] Saca del bolsillo una Comedia impresa, y se la da á D. Antonio.

[2] Lee D. Antonio.

tes, y una Brigada de Húsares á caballo... Soberbia entrada! Y dice el Emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
que habrá dos meses y medio
que el Turco puso á Viena
con sus tropas el asedio,
y que para resistirle
unímos nuestros denuedos,
dando nuestros nobles brios
en repetidos encuentros
las pruebas mas relevantes
de nuestros invictos pechos:

Qué estilo tiene! Cáspita! qué bien pone la pluma el pícaro!

Bien conozco que la falta
del necesario alimento
ha sido tal, que rendidos
de la hambre á los esfuerzos,
hemos comido ratones,
sapos y sucios insectos.

Estos insectos sucios serán regularmente arañas, polillas, moscones, correderas...

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor.

D. ANTONIO.

Estupendo potage para un ventorrillo de Cataluña!

D. ELEUTERIO.

Qué tal? no le parece á usted bien la entrada[1]?

D. PEDRO.

Eh! á mí...

[1] A D. Pedro.

D. ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted: pero, no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto... Búsquelo usted... ahí... Por ahí ha de estar, quando la Dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO.

Muerta?

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor, muerta.

D. ANTONIO.

Qué situacion tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí contra quién son?

D. ELEUTERIO.

Contra el Visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

D. ANTONIO.

Pobrecita! ya se ve, el Visir seria un bruto.

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor.

D. ANTONIO.

Hombre arrebatado, eh?

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor.

D. ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara, es verdad?

L. ELEUTERIO.

Cierto.

D. ANTONIO.

Alto, moreno, un poco vizco, grandes vigotes.

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor, sí; lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO.

Enorme animal! Pues no, la Dama no se muerde la lengua; no es cosa cómo le pone: oiga usted, D. Pedro.

D. PEDRO.

No, por Dios, no lo lea usted.

D. ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la Comedia.

D. PEDRO.

Con todo eso... [1].

D. ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

D. PEDRO.

Ya...

D. ELEUTERIO.

Buena versificacion.

D. PEDRO.

No importa.

D. ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro, si la Dama lo esfuerza.

D. PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

D. ANTONIO.

Pero, á lo ménos, el final del acto segundo es menester oirle [2].

[1] D. Pedro manifestará mucha impaciencia en todo este pasage.

[2] Lee D. Antonio, y al acabar vuelve la Comedia á D. Eleuterio.

EMP. *Y en tanto que mis recelos...*
VIS. *Y miéntras mis esperanzas...*
SENECS. *Y hasta que mis enemigos...*
EMP. *Averiguo.*
VIS. *Logre...*
SENESC. *Caygan..,*
EMP. *Rencores, dadme favor.*
VIS. *No me dejes, tolerancia.*
SENESC. *Denuedo, asiste á mi brazo.*
TODOS. *Para que admire la patria*
el mas generoso ardid,
y la mas tremenda hazaña.

D. PEDRO.

Vamos no hay quién pueda sufrir tanto disparate [1].

D. ELEUTERIO.

Disparates los llama usted?

D. PEDRO.

Pues no [2]?

D. ELEUTERIO.

Vaya, que es tambien demasiado! Disparates! Pues no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la Comedia. Cierto que me ha chocado. Disparates! y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. PEDRO.

Y esto se representa en una Nacion culta!

[1] Levantándose de la silla.

[2] D. Antonio observa á D. Eleuterio y á D. Pedro, y se rie alternativamente de entrámbos.

D. ELEUTERIO.

Cuenta, que me ha dejado contento la expresion. Disparates!

D. PEDRO.

Y esto se imprime, para que los extrangeros se burlen de nosotros!

D. ELEUTERIO.

Llamar disparates á una especie de coro entre el Emperador, el Visir y el Senescal!... Yo no sé qué quieren estas gentes... Si hoy dia no se puede escribir nada, nada, que no se muerda y se censure... Disparates! cuidado que...

PIPÍ.

No haga usted caso.

D. ELEUTERIO.

Yo no hago caso [1]; pero me enfada que hablen así: figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El Emperador está lleno de miedo por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El Visir está rabiando por gozar la hermosura de Margarita, hija del Conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ.

Calle! hay traidor tambien? Como me gustan á mi las Comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues, como digo, el Visir está loco de amores por ella: el Senescal, que es hombre de bien, si los hay, no las tiene todas consigo, porque

[1] Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.

sabe que el Conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al Emperador contra él: de modo, que como cada uno de estos tres personages está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

[1] EMP. *Y en tanto que mis recelos...*
VIS. *Y miéntras mis esperanzas...*
SENESC. *Y hasta que mis...*

Ah! Señor D. Hermógenes! á qué buena ocasion llega usted [2].

ESCENA IV.

DON HERMOGENES, y dichos.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, Señores.

D. PEDRO.

A la órden de usted.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amígo D. Hermógenes.

D. ELEUTERIO.

Digo, me parece que el Señor D. Hermógenes será juez muy abonado para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion, y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del Frances, sus

[1] Lee D. Eleuterio.

[2] Guarda la Comedia, y se encamina ácia D. Hermógenes, que sale por la puerta del foro.

actos literarios; y sobretodo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras agenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, Señor D. Eleuterio: usted solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso [1].

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion.

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aqui se trata solamente de saber si...

D. HERMÓGENES.

Estas prendras sí que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso si; pero díganos usted lisa y llanamente, si la Comedia que hoy se va á representar es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

Disparatada? y quién ha prorumpido en un aserto tan...

[1] D. Pedro se acerca á la mesa en que está el Diario, y le lee para sí, volviendo algunas veces la cabeza á oir lo que hablan los demas.

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso, díganos usted lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Sí diré; pero ántes de todo conviene advertir, que el Poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles; pero lo diré en Griego, para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi, oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO.

Hombre, pero si...

D. ANTONIO.

Yo, reviento [1].

D. HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...

D. ELEUTERIO.

Pero...

D. HERMÓGENES.

Mythoi eisin iparchousin...

D. ELEUTERIO.

No, pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ah! sí, ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria explicar lo que los Criticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia y anagórisis: partes necesarias á toda buena Comedia, y que, se-

[1] Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.

gun Escalígero, Vosio, Dacier, Marmontel, Castelvetro, y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el orígen del teatro, hallarémos que los Megareos, los Sículos y los Atenienses...

D. ELEUTERIO.

Pero, por amor de Dios, si no...

D. HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos; y hallarémos que Anaxíppo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratíno, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

D. ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

D. HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos Dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinièron, *nemine discrepante*, en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la Comedia del cerco de Viena...

D. PEDRO.

A Dios, Señores [1].

D. ANTONIO.

Se va usted, D. Pedro?

[1] Se encamina ácia la puerta: D. Antonio se levanta, y procura detenerle.

D. PEDRO.

Pues quién sino usted tendrá frescura para oir esto?

D. ANTONIO.

Pero si el amigo D. Hermógenes nos va á probar, con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero, que la pieza consabida, léjos de ser disparatada...

D. HERMÓGENES.

Ese es mi intento : probar que es un acéfalo insipiente qualquiera que haya dicho que la tal Comedia tiene disparates; y yo aseguro que delante de mi, ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que, por lo que el Señor ha leido de ella, y por ser usted el que la alaba, infiero que ha de ser cosa detestable : que su Autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á lo violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. A Dios, Señores [1].

D. ELEUTERIO.

Pues á este Caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella [2]...

D. PEDRO.

A ese Caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con

[1] Hace que se va y vuelve.

[2] Señalando á D. Antonio.

obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio, por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al Autor de esa Comedia, ni sé quién es; pero si ustedes (como parece) son amigos suyos: díganle en caridad, que se deje de escribir tales desvaríos, que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica: que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo: que no se envanezca con los aplausos equívocos de una multitud ignorante: que siga otra carrera, en que, por medio de un trabajo honesto, podrá socorrer sus necesidades, y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra Autores chanflones, que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que miéntras ésta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la Nacion, ó no háran nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho, que...

D. PEDRO.

Séneca dice en todas sus Epistolas, que usted es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios Señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, y DON HERMOGENES.

D. HERMÓGENES.

Yo pedanton [1]! Yo, que he compuesto siete prolusiones Greco-latinas sobre los puntos mas delicados del Derecho!

D. ELEUTERIO.

Lo que que él entenderá de Comedias, cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO.

Hablar así de una pieza que ha de durar lo ménos quince dias!

D. HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en Leyes, y soy Opositor á Cátedras, y soy Académico, y no he querido ser Domine de Pioz.

D. ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, Señor D. Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO.

Pues la Comedia ha de gustar, mal que le pese.

[1] Encarándose ácia la puerta por donde se fué D. Pedro: D. Eleuterio se pasea por el teatro.

D. ANTONIO.

Sí, Señor, gustará... Voy á ver si le alcanzo, y velis nolis he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO.

Buen pensamiento : sí, vaya usted.

D. ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos [1]. Hasta la vuelta, Caballeros.

ESCENA VI.

DON HERMOGENES, y DON ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO.

Llamar detestable á la Comedia! Vaya, que estos hombres gastan un lenguage, que da gozo oirle!

D. HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, D. Eleuterio : quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo... Ya ve usted si yo sé algo...

D. ELEUTERIO.

Oh!

D. HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

D. ELEUTERIO.

Ninguno : vamos, tan completo como usted, ninguno.

[1] Aparte.

D. HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos, eh?

D. ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar; es mas claro que el sol que nos alumbra.

D. HERMÓGENES.

Pues bien: á pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal quadrúpedo. Ayer, sin ir mas léjos, me lo dijéron en la Puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO.

Picardía! Y usted qué hizo?

D. HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran Filósofo: callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una Misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia... Vamos arriba?

D. HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted, ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la Comedia?

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo: ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba... Por último, hemos quedado en que

no han de darme nada, hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

Oh! corvas almas! y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. ELEUTERIO.

Pues qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero... el hombre mas ignorante que conozco... por año y medio que le debo de alquileres me amenaza, me pierde el respeto...

D. ELEUTERIO.

Na hay que afligirse: mañana ó esotro es regular que me den el dinero, pagarémos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la Hostería, tambien se...

D. HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo... cosa corta.

D. ELEUTERIO.

Pues bien, con la impresion lo ménos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Sí, lo ménos: se vende toda seguramente [1].

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldrémos de apuros: se adornará el cuarto nuevo: unas sillas, una cama y algun otro chisme: se casa usted: Mariquita, por otra parte, es aplicada, hacendosilla, y muy

[1] Vase Pipi por la puerta del foro.

muger: ustedes estarán en mi casa continuamente: yo iré dando las otras cuatro Comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los Cómicos con palio: pillo ese dinero, las imprimo, se venden: entre tanto ya tendré algunas hechas y otras en el telar... vaya, no hay que temer; y sobretodo, usted saldrá colocado de hoy á mañana; una Intendencia, una Toga, una Embaxada: qué sé yo... Ello es que el Ministro le estima á usted, no es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle... Subamos arriba, que las mugeres ya estarán...

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO.

Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del Poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres.*

D. ELEUTERIO.

Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

Que bien, que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

Pues: no le digo á usted: vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe la felicidad de tener que comer: puesto que, *sine Cerere et Baccho friget Venus:* y entónces... Oh! entónces! con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer, sino que el Cielo me conceda numerosa y masculina sucesion [1].

[1] Vanse por la puerta del foro.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA, DONA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMOGENES, y DON ELEUTERIO [1].

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

Y el sueño del Emperador?

DOÑA AGUSTINA.

Y la oracion que hace el Visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece, que no es regular que el Emperador se durmiera precisamente en la ocasion mas...

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un Emperador se duerma: porque los vapores húmedos que suben al cerebro...

DOÑA AGUSTINA.

Pero usted hace caso de ella? Qué tontería! si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán... deje usted, podrán ser ahora...

[1] Saldrán por la puerta del foro.

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi relox [1], que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

Oh! pues aun tenemos tiempo: sentémonos, una vez que no hay gente [2].

D. SERAPIO.

Qué gente ha de haber?... si fuera en otro cualquier dia... pero hoy todo el mundo va á la Comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se ve, Comedia nueva, Autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya todo el mundo la habrá leido, y sabe lo que es... Vaya, no cabrá un alfiler: aunque fuera el Coliseo siete veces mas grande..

D. SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo... Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro, á que no tienen esta tarde en su Corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

Con que la apuesta se hizo en efecto, eh?

D. SERAPIO.

No Señor, porque yo no tenia en el bolsillo

[1] Saca el relox.

[2] Siéntanse todos, ménos. D. Eleuterio.

mas que dos reales y unos cuartos... Pero cómo les hice rabiar!... y qué...

D. ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aquí á la Librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

A qué?

D. ELEUTERIO.

No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad; vuelve presto.

D. ELEUTERIO.

Al instante [1].

DOÑA MARIQUITA.

Qué inquietud, qué ir y venír! no para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su Comedia escrita, y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es, que yo estoy en brasas: porque, vaya! si la silvan, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero porqué la han de silvar, ignorante! Qué tonta éres, y qué falta de comprehension!

[1] Vase.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, siempre me está usted diciendo eso: vaya, que algunas veces me... Ay, D. Hermógenes! no sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo me tiene á mí impaciente, hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

Suspirado, sí, suspirado! quién le creyera á usted!

D. HERMÓGENES.

Pues quién ama tan de veras como yo? cuando, ni Píramo, ni Leandro, ni Marco Antonio, ni Orlando furioso, ni Agatocles, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Seleúcidas de Asyria, sintiéron jamas un amor comparable al mio!

DOÑA AGUSTINA.

Discreta hipérbole! viva, viva... Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUIUA.

Qué he de responder, Señora? si no le he entendido una palabra.

DOÑA AGUSTINA.

Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien: qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? si yo no sé quién son. Mire usted, para decirme: Mari-

quita, yo estoy deseando que nos casemos : así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone : porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... qué sé yo... así : las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza, ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, latin : maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar commigo, me cita tantos libros y tantos Autores... Mire usted qué entenderán los Autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

Qué ignorancia!... vaya, D. Hermógenes, lo que le he dicho á usted : es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla, porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios, que no he podido mas : ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras; en corregírselas, como usted habrá visto muchas veces; en sugerirle especies, á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan : el uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que

está puerco, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya! yo lo he dicho mil veces, para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

Tormento! vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el Arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los Mártes dos ó tres hojas del Diccionario de Rubiños. Despues aprenderá los logarithmos, y algo de la estática, despues....

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. Se habrá visto tal empeño... No Señor: si soy ignorante, buen provecho me haga: yo sé escribir y ajustar una cuenta; sé guisar, sé aplanchar, sá coser, y echar un remiendo con curiosidad; sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mia y de mi marido y de mis hijos, y yo me los criaré... Pues, señor, no sé bastante?... Que por fuerza he de ser Doctora y Marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer Comedias... Para qué? para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de

locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta; siempre contando las letras por los dedos, para saber si los versos estan cabales ó no; si el lance á obscuras ha de ser ántes de la batalla ó despues del veneno; y manoteando continuamente Gazetas y Mercurios, para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para revestir con ellos sus relaciones: y entre tanto ni se barre el quarto, ni las medias se cosen, ni la ropa se lava, y lo que es peor, ni se come, ni se cena. Qué le parece á usted que comimos el Domingo pasado, D. Serapio?

D. SERAPIO.

Yo, Señora, cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues, lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á una libra de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y media rosca que sobró del dia anterior; y éramos seis bocas á comer; que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion: siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Ménos como yo, y mas trabajo en media hora que me ponga á corregir alguna escena, ó á arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí, en eso tiene razon mi Señora Doña Agustina: hay gran diferencia de un trabajo á otro; y los experimentos cuotidianos nos enseñan, que toda muger que es literata, y sabe hacer versos, *ipso facto*, se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve, que los versos se hacen con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llmados *pollex*, *index*, é *infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano; y concluí á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está: sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez, *angustam pauperiem*, que dijo el profano, de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

Y qué, dice el Profano, que no silvarán esta tarde la Comedia?

D. HERMÓGENES.

No, Señora: la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los Cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No: pues no decian eso ayer los que encontrámos en la Botillería. Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordia la lengua.

D. SERAPIO.

Alto [1]? uno alto, he? ya le conozco: picaron! vicioso! Uno de capa que tiene un chirlo en las narices: bribon! Ese es un oficial de Guarnicionero, muy apasionado de la otra Compañía... Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silvaran la Comedia de *El Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un Sastre, pariente de un vecino mio: pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

Qué tonterías está usted ahí diciendo! Si no es ese de quien yo hablo.

D. SRRAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

Mayor gatallon... Y qué mala vida dió á su

[1] Se levanta.

muger! pobrecita! lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale: á qué viene cansarse? Este era un Caballero muy decente, que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir... Unas ganas tengo de pillar al tal Guarnicionero... no irá esta tarde al patio, que si fuera, eh!.. Pero el otro dia, qué cosas le dijimos allí en la Plazuela de S. Juan! Empeñado en que la otra Compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa [1]: y saben ustedes porqué es todo ello? Porque los Domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se estan retozando en el recibimiento con la criada; despues les saca un poco de queso ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero... Pero, no hay remedio, ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera Comedia que echen en el otro Corral, zas, sin remision, á silvidos se ha de hundir la casa; á ver...

DOÑA MARIQUITA.

Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí: te parecerá que tu harmano es lerdo, y

[1] Vuelve á sentarse.

que ha trabajado poco estos dias, para que no le suceda un chasco. El se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral: ha estado con ellos, les ha recomendado la Comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su Compañia. Ademas de eso, la Dama de allá le quiere mucho: él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido: D. Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca: D. Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario: D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero; y él, ya se ve, lo hace todo con un agrado, que no hay mas que pedir: porque, en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracía para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... Qué silvar!... no hija no hay que temer: á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silven.

D. HERMÓGENES.

Y sobretodo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues, ya se ve. Figúrese usted una Comedia heróyca, como esta, con mas de nueve lances que tiene: un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de Ciudad, un

puente roto, dos exercicios de fuego, y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

Toma, si gustará.

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece, que unas Comedias así, debian representarse en la Plaza de los Toros.

ESCENA II.

DON ELEUTERIO, y dichos.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, qué dice el Librero? se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA.

Deja, me parece que voy á acertar: habrá vendido... cuándo se pusiéron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana: tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah! y cuide usted [1] que les pongan buen engrudo! porque sino...

[1] Vuelve á levantarse.

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy ya en todo; como que yo mismo lo hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El Diario y la Gazeta la han anunciado ya: es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

D. SERAPIO.

Qué friolera! y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

He acertado?

D. SERAPIO.

Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No. Señor, no es verdad : la verdad es, que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

Tres no mas? harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo: poco, absolutamente hablando, niego; respectívamente, concedo : porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino relativamente : y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relacion

á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman *poco;* tambien estos mismos tres ejemplares, relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la qual podémos llamar *mucho*, por la diferencia que va de uno á tres : de donde concluyo, que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

Qué! si en poniéndose á hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA.

Pues : en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco : yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres Comedias que se han vendido hasta ahora, serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad : y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales, cuando esperábamos montes de oro con la tal impression! ya voy yo viendo, que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura... Pobrecita de mí [1].

D. HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie us-

[1] Llorando.

ted el tesoro de perlas, que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

Perlas! si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

DON ANTONIO, y dichos.

D. ANTONIO.

A la órden de ustedes, Señores.

D. ELEUTERIO.

Pues cómo tan presto? no dijo usted que iria á ver la Comedia?

D. ANTONIO.

En efecto he ido... Allí queda D. Pedro.

D. ELEUTERIO.

Aquel Caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he [1] acomodado en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; pero, qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos: no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede

[1] Sale Pipi por la puerta del foro con algunos platos, vasos y botellas, dejándolo todo sobre el mostrador.

sin verla : yo tengo palco : véngase usted con nosotros, y todos nos acomodarémos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfaccion, Caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí, se empezaba la primer tonadilla; con que...

D. SERAPIO.

La tonadilla [1]?

D. MARIQUITA.

Qué dice usted?

D. ELEUTERIO.

La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

Pues cómo han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, Señora : han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser : si ahora serán...

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré [2] : las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

Hombre, qué tres y media! su relox de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... [3]. Si está parado.

[1] Se levantan todos.

[2] Saca el relox.

[3] Mirando el relox de D. Hermógenes.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la Comedia... Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

Cuidado, que es cosa particular! Voto va sanes! La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto... Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aquí está.

D. ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este D. Hermógenes!...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, Caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

D. SERAPIO.

A bien, que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así fiados en...

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito relox de D. Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO y PIPI.

D. ANTONIO.

Con que estas dos son la hermana y la muger del Autor de la Comedia?

PIPÍ.

Sí, Señor.

D. ANTONIO.

Qué paso llevan! Ya se ve, se fiáron del relox de D. Hermógenes!

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del Coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados: cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande... y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos, es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, y dichos.

D. ANTONIO.

Calle! ya está usted por acá? Pues, y la Comedia, en qué estado queda?

D. PEDRO.

Hombre [1], no me hable usted de Comedia! que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO.

Pero qué ha sido ello [1] ?

D. PEDRO.

Qué ha de ser? que he tenido que sufrir, gracias á la recomendacion de usted, casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre: hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro, desde que las musas de guardilla le abastecen. En fin, ya salí... y sobretodo, yo me tengo la culpa de haber cedido á la importunidad de usted... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á veresas tonterías: á mí no me divierten; al contrario, me llenan de... de... No, Señor, á mí mas me gusta cualquiera de nuestras Comedias antiguas, por malas que sean. Estan desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates, y aquel desarreglo, son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden, y conmueven al espectador en términos

[1] Siéntase.

[2] D. Antonio se sienta junto á D. Pedro.

de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora, compare usted nuestros Autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas, Calderon, Solis, Roxas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando hablan en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, Señor D. Pedro, que no hay nada que oponer á ella: pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, sufre con paciencia ese espantable Comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el Autor quisiera: porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda, que traia visos de tempestad... En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza: porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir disparates; tan garrafales como los de hoy jamas se han visto.

D. ANTONIO.

Qué dice usted?

D. PEDRO.

Es increible. Allí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caractéres mal expresados ó mal escogidos: en vez de artificio, embrollo: en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica... Y el estilo! cuando deber ser noble y afectuoso, es obscuro, campanudo y hueco: cuando debe ser sencillo y gracioso, es chavacano y frio. La

moral, no la busque usted, ni en la fábula, ni en los caractéres: allí no hay otra moral que la que inoportunamente se vierte en unas largas misiones, que no son otra cosa los soliloquios de que está llena la tal Comedia; pero qué moral!... Ya se ve, qué moral ha de enseñar el Poeta que no haya estudiado el corazon del hombre; que no haya observado de qué manera influyen en el carácter particular de cada individuo el temperamento, la edad, la educacion, el interes, la legislacion, las preocupaciones y costumbres públicas? Si ignora esto, y carece tambien de aquella sensibilidad con que un buen Poeta sabe revestirse de los mismos afectos que finge, é identificarse con los caractéres que copia de la naturaleza, qué doctrina moral, ni qué ilusion deberá esperarse?

D. ANTONIO.

En efecto, es así: y aun por eso, cuando el teatro debiera ser la escuela de las costumbres, y el templo del buen gusto, es entre nosotros la escuela del error, y el almacen de las extravagancias.

D. PEDRO.

Pero, no es fatalidad, que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la Nacion, sobre los vicios del teatro y la necesidad de su reforma, y á vista de los progresos que ha hecho en Europa la Poesía dramática, todavía se han de ver en nuestra escena espectáculos tan infelices? Qué pensarán de nuestra cultura los extrangeros que vean la Co-

media de esta tarde? qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo D. Pedro : ni usted ni yo podemos remediarlo. Ello es cierto, que nuestro teatro está en el mayor abandono; ni hay hombre de buena razon que lo ignore. Su reforma es urgente y fácil : nuestros mejores ingenios no solo han declamado contra él, sino que han dado ejemplos, ya en la carrera cómica, y ya en la trágica, del modo con que se deberia escribír : el público ha reconocido el mérito de estas obras; pero el teatro sigue, como siempre, en un estado lastimoso. Y qué harémos? Reir ó rabiar... no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir, que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, Señor D. Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los Imperios : el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy Español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve... Pero, qué novedad es ésta?

ESCENA VI.

D. SERAPIO, despues D. HERMOGENES, y dichos.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho?... Corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

Qué ha sucedido [1]?

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios... Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

Por vida del hombre [2]! Porqué no mira usted?

D. HERMÓGENES.

No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elíxir odontálgico, alkali volatil, éther vitriólico, é cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistéma nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

Pero qué ha sido? Es accidente?

[1] Se levantan D. Pedro y D. Antonio.

[2] Pipí va destras de D. Serapio con un vaso de agua: al llegar á la puerta tropieza con D. Hermógenes, que sale apresurado: le atropella, y deja caer el vaso y el plato.

ESCENA VII.

[1] DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, D. SERAPIO, y dichos.

D. ELEUTERIO.

Sí, es mucho mejor hacer lo que dice D. Serapio.

D. SERAPIO.

Pues ya se ve: anda, Pipí, en tu cama podrá descansar esta Señora, y...

PIPÍ.

Qué! si está en un camaranchon que...

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

La cama! la cama es un gergon de arpillera, y...

D. SERAPIO.

Qué quiere decir eso?

PIPÍ.

Y huele todo aquello, que...

D. ELEUTERIO.

No importa nada: alli estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un Sangrador.

PIPÍ.

Yo, bien: si ustedes...

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

[1] Doña Agustina saldrá muy acongojada, sostenida por D. Serapio y D. Eleuterio: la sientan en una silla: Pipì traerá otro vaso de agua, y ella bebe un poco.

DOÑA MARIQUITA.

Se siente usted mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

Ya se ve, el lance no era para ménos!

D. ANTONIO.

Pero, se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

Qué ha de ser, Señor! qué ha de ser! que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... vaya! no me hable usted de eso, porque... Picarones! cuándo han visto ellos Comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprehende...

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El Señor es hermano mio, marido de esta Señora, y Autor de esa maldita Comedia que han echado hoy... Hemos ido á verla : cuando llegámos, estaban ya en el segundo acto... Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un bayle, y despues un entierro... en fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la Dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre : el muchacho decia : madre, deme usted pan ; y la madre invocaba á Demorgogón y al Cancerbero... Pues, Señor, al llegar nosotros, se empezaba este lance de madre y

hijo... El patio estaba tremendo... Qué oleadas, qué toser, qué estornudos, qué bostezar, qué ruido confuso por todas partes!... Pues, Señor, como digo, salió la Dama; y apénas hubo dicho que no habia comido en seis dias; y apénas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando, para servir á usted, la gente, (que á la cuenta estabaya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del bayle y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta: suenan bramidos por un lado y otro; y comienza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo... Corriéron el telon, abriéron las puertas, salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon de manera, que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto... en un instante: entrar en el palco, y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. Válgame Dios! en lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo, que era imposible que... [1].

D. ELEUTERIO.

Y qué no ha de haber justicia para esto!... D. Hermógenes, amigo D. Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza: informe usted á estos Señores [2]: tome usted, léales usted todo el segundo acto; y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de

[1] Se sienta.

[2] Saca la Comedia, y se la da á D. Hermógenes.

morirse; y si es mal parecido, que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted; y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo D. Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama: estoy de prisa [1]. Nos verémos otro dia, y...

D. ELEUTERIO.

Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

Nos deja usted así?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo; tengo que hacer. En cuanto á la Comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que yo estoy escribiendo ahora una Apología del teatro, y la citaré con elogio: diré que hay otras peores: diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el Autor era un grande hombre: callaré sus defectos...

D. ELEUTERIO.

Qué defectos?

[1] Deja la Comedia sobre una mesa.

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fué para animarle...

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala, porqué no se lo dijo? Porqué, en vez de aconsejarle que se dejara de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del Autor, y le persuadia que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el Señor carece de criterio y sindéresis para comprehender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la Comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

Con qué es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, Señor D. Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No, Señora, no se chancea: en eso dice la verdad, la Comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, Caballero; que una

cosa es que el Señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

D. PEDRO.

Si usted [1] es marido de esa Señora, hágala usted callar: porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de materias que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

No entiendo? quién le ha dicho á usted que [2]...

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones: ya ves cómo estás... Válgame Dios, Señor!... Pero amigo, no sé qué pensar de usted [3].

D. HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera: yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle á usted una pesadumbre: porque, como dice Platon y el Abate Lampillas...

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran: lo que yo digo es, pue usted me ha engañado como á un Chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance, y verso por verso; si

[1] A D. Eleuterio
[2] Se levanta colérica, y D. Eleuterio la hace sentar.
[3] A D. Hermógenes.

usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, cómo me dice usted ahora eso? Como ha tenido usted corazon para exponerme á los silvidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía. Porqué no le anima á usted el ejemplo? No ve usted esos Autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vayvenes de la fortuna? Escriben, los silvan, y vuelven á escribir...; vuelven á silvarlos, y vuelven á escribir...Oh! almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullo, y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

Y qué quiere usted decir con eso?... [1] ya no tengo paciencia para callar mas... qué quiere usted decir? Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es, que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido... Picardía!... No sé cómo no me tiro á él... [2]. Váyase usted.

D. HERMÓGENES.

Gente ignorante!

[1] Se levanta con impaciencia.

[2] Se levanta muy enojada, encaminándose ácia D. Hermógenes; D. Serapio la contiene.

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

D. ELEUTERIO.

Picaron!

D. HERMÓGENES.

Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

Los mismos, ménos DON HERMOGENES.

D. ELEUTERIO.

Ingrato! embustero [1]! Despues de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA.

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar... Si lo dije; si me lo daba el corazon. Mire usted qué hombre! despues de haberme traido en palabras tanto tiempo; y, lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con él Boticario, que á lo ménos es hombre de bien; y no sabe latin, ni se mete en citar Autores como ese bribon. Pobre de mí con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar, por el maldito empeño de ustedes, de que me habia de casar con un Erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone), quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele usted, Señorita, que todo se compondrá: y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia la necesito yo [1], que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, que no has de reflexionar...

D. ELEUTERIO.

Calla, muger, calla por Dios; que tú tambien...

D. SERAPIO

No Señor, el mal ha estado en que nosotros no lo advertímos con tiempo; pero yo le aseguro al Guarnicionero y á sus camaradas, que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar, no le... La Comedia es buena, Señor, créame usted á mí; la Comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y...

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la Comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

D. PEDRO.

Todavía está usted en esa equivocacion, Señor D. Eleuterio?

D. ANTONIO.

Déjele usted [2].

D. PEDRO.

No quiero dejarle : me da compasion... Y

[1] Se levanta con viveza.
[2] A D. Pedro.

sobretodo, es demasiada necedad, despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el Señor que su obra es buena. Porqué ha de serlo? qué motivos tiene usted para acertar? qué ha estudiado usted? quién le ha enseñado el arte? qué modelos se ha propuesto para la imitacion? No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes artífices, porque nadie sabe sin aprender? Pues, por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? Qué? no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy Autor? Qué no hay mas que escribir Comedias? Si han de ser como la de usted, ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio, y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio exquisito, y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO.

Bien está, Señor, será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso: si me desespero y me confundo es por ver que todo se me descompone; que he perdido mi tiempo, que la Come-

dia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia, y...

D. ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO.

No se venderá, no Señor; el público no compra en la Librería las piezas que silva en el teatro; no se venderá.

D. ELEUTERIO.

Pues, vea usted, no se venderá y pierdo ese dinero: y por otra parte... Válgame Dios!... Yo, Señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal Poeta, seré un zopenco... pero soy hombre de bien. Ese picaron de D. Hermógenes [1] me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos, me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga; y arreglándose á una buena economía...

DOÑA AGUSTINA.

Qué empleo, ni que facultad, Señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO.

Ninguna?

D. ELEUTERIO.

No, Señor: yo estuve en esa Lotería de ahí

[1] Dirá esto con mucho sentimiento.

arriba: despues me puse á servir á un Caballero Indiano; pero se murió, lo dejé todo, y me metí á escribir Comedias, porque ese D. Hermógenes me engatusó, y...

DOÑA MARIQUITA.

Maldito sea él.

D. ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas.

D. ANTONIO.

Cuántas tiene usted?

D. ELEUTERIO.

Cuatro, Señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO.

Hijos tiene? qué lástimá [1]!

D. ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

D. PEDRO.

Infeliz! Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos, ya no los tengo; pero sé lo que es el corazon de un padre... Dígame usted, sabe usted contar? escribe usted bien?

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... Porque yo, Señor, he sido Page... Allí, como

[1] Aparte, con ternura.

digo, no habia mas Mayordomo que yo : yo era el que gobernaba la casa, como, ya se ve, estos Señores no entienden de eso... y siempre me porté como todo el mundo sabe : eso sí, lo que es honradez, y... vaya! Ninguno ha tenido que...

D. PEDRO.

Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO.

En quanto á escribir, yo aprendí en los Esculapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo [1], vea usted... Ello está escrito algo de prisa, porque ésta es una tonadilla, que se habia de cantar mañana... Ay Dios mio!

D. PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor : tiene su introduccioncita; luego entran las coplillas satíricas con su estrivillo, y concluye con las...

D. PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso : quiero decir que la forma de la letra es muy buena; la tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la Comedia.

D. ELEUTERIO.

Ya.

D. PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías.

[1] Saca del bolsillo un papel, y se le da á D. Pedro.

D. ELEUTERIO.

Ya lo veo, Señor; pero si parece que el enemigo...

D. PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos: ésta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico: muy rico; y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos, necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

D. ELEUTERIO.

Señor, qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

De veras, Señor...? Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

De veras?

D. PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid: acabo de colocar á un mozo de mérito que entendia en el gobienno de ellas: usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi Mayordomo, que es humbre honradísimo; y desde mañana puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta Señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo: si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay

que saber, y cuanto conviene á una muger de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de D. Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz: y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto algun hombre de bien, que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la Corte, y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter; pero tengo el corazon muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

Qué bondad [1]!

D. ELEUTERIO.

Qué generoso!

D. PEDRO.

Esto es ser justo: el que socorre la pobreza desvalida, evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion, no hace mas.

D. ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

D. PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO.

Perdone usted, Señor, las locuras que he dicho, y el mal modo...

[1] D. Eleuterio, su muger y Doña Mariquita quieren arrodillarse; él lo estorva, y los abraza.

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO.

No hablemos de eso.

D. ANTONIO.

Ah! D. Pedro! qué leccion me ha dado usted esta tarde!

D. PEDRO.

Usted se burla: cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

D. PEDRO.

Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos, es verdad?

D. ANTONIO.

Quién no querrá ser amigo de usted?

D. SERAPIO.

Vaya, vaya! yo estoy loco de contento.

D. PEDRO.

Mas lo estoy yo: porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa Comedia [1]: no se quede por ahí perdída, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. ELEUTERIO.

Mal haya la Comedia [2], amen, y mi docilidad, y mi tontería: mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo im-

[1] Al ver la Comedia, que dejó sobre la mesa D. Hermógenes.

[2] Haciéndola pedazos.

preso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo, y la falta de instruccion, le han hecho escribir despropósitos: el público le ha dado á usted una leccion muy dura; pero muy útil, puesto que por ella se desengaña. Ojlá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro, por el maldito furor de ser Autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse.

FIN.

EL VIEJO Y LA NIÑA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

DON ROQUE, viejo.
DON JUAN, amante de
DOÑA ISABEL, muger de Don Roque.
DOÑA BEATRIZ, viuda hermana de don Roque.
BLASA, criada.
GINES, criado de Don Juan.
MUÑOZ, viejo, criado de Don Roque.

La escena es en Cádiz en una sala de la casa de Don Roque.

El Teatro representa una sala con adornos de casa particular, mesa, canapé y sillas. En el fondo del Teatro habrá una puerta del despacho de Don Roque, otra al lado derecho, que es la de la escalera, y otra en frente, que da entrada á las demas habitaciones interiores.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON ROQUE, y despues MUÑOZ.

DON ROQUE.

Muñoz.

MUÑOS.

Señor [1].

DON ROQUE.

Ven acá.

Sale MUÑOZ.

Ved que queda abandonada
La puerta y zaguan.

DON ROQUE.

¿No echaste
Al postigo las aldavas
Y el cerrojillo?

MUÑOZ.

Sí eché.

DON ROQUE.

Pues no hay que rezelar nada
Miéntras á la vista estamos:
Y si Vigotillos ladra,
Al instante bajarás.

[1] Desde adentro.

MUÑOZ.

¿Y á qué fin es la llamada?

DON ROQUE.

A fin de comunicarte
Un asunto de importancia.

MUÑOZ.

No está mi cabeza ahora
Para consultas.

DON ROQUE.

Estraña
Condicion tienes, Muñoz.

MUÑOZ.

Yo bien sé...

DON ROQUE.

No sabes nada
De lo que voy á decir.

MUÑOZ.

¡Sí, que al chico se le escapan
Las cosas! ¡como es tan bobo!

DON ROQUE.

Escúchame dos palabras,
Y escucha con atencion;
Porque al honor de mi casa,
Y á mi quietud...

MUÑOZ.

En efecto
Salió lo que me pensaba:
Vaya.

DON ROQUE.

Conviene....

MUÑOZ.

Conviene

Que declareis lo que os pasa,
Y qué quereis, sin andar
Con repulgos de empanada.

DON ROQUE.

Guarda el rosario, y escucha.

MUÑOZ.

Guardo, y escucho.

DON ROQUE.

Escusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa;
Tanto, que habiéndote siempre
Aborrecido en el alma,
Por motivos que ya sabes,
Mis tres mugeres pasadas,
Yo sempre sordo á sus quejas
Te he mantenido en mi gracia.
Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan:
En servidumbre tan larga...

MUÑOZ.

Y bien le he comido; y ¿qué?

DON ROQUE.

Digo, que esto solo basta
A que tú reconocido,
Cuando yo de tí me valga....

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

DON ROQUE.

Vamos:
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por donde parta,
Es ese Don Juan..... ¿qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

DON ROQUE.

Jurara.....

MUÑOZ.

Lo que no suena
Oye; y lo que suena, nada [1].
Señor, adelante.

DON ROQUE.

Digo,
Que el autor de mi disgracia
Es este Don Juan que vino
A Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa,
Se nos ha metido aquí:
¡Nunca yo le convidara!

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos:
¿Quién os metió..... me da rabia.....
Cuidado que.....¿quién ofrece
Con repetidas instancias
Hospedage, cama y mesa
A un hombre, que.....

[1] Aparte.

DON ROQUE.

No sin causa.
Hice el convite, Muñoz;
Porque él en Madrid estaba
Con Don Alvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la Aduana,
Ya te acuerdas: murió el tio;
Fuerza fué, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino; y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije, que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensara en volver
A Cádiz..... ¿mas quién juzgara
Que lo habia de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la Ciudad
Conocidos no le faltan
De su genio y de su edad,
¿A qué fin?..... ni fué mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre, que en mi vida,
Pienso, no le ví la cara:
Sino, como me escribió
Que de Madrid se marchaba,

Y en Cádiz me entregaria
Los dineros que restaban
A mi favor, meramente
Por atencion cortesana,
Hice la oferta, creyendo
Que nunca fuese aceptada.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado [1].

DON ROQUE.

Sí lo estoy, pero me falta
Que decir; porque esta noche,
Al pasar yo por la sala
Noté que en el gabinete
Él y mi muger estaban.

MUÑOZ.

¡Bueno!

DON ROQUE.

Acércome, mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví, que el tal Don Juan,
Como que la regañaba,
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia: yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atras,
Hice ruido con las chinelas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las Pinturas y los Mapas.

[1] Hace que se va.

MUÑOZ.

¡Qué prontitud de demonios!

DON ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña
Situacion, Muñoz amigo?
Tu sagacidad me valga:
Sácame de tanto afan;
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar;
Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Qua las dos....

MUÑOZ.

Son buenas maulas.
En fin, lo que yo predije,
Al pie de la letra pasa:
Viejo el amo, y achacoso
Con muger niña se casa,
Lo dije; no puede ser;
Si es preciso.....

DON ROQUE.

Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara,
Sin decirme.....

MUÑOZ.

Como á mí
No se me dijo palabra
De la boda, no juzgué
Que, saliendo calabaza

Dicha boda, fuese yo
De provecho para nadar.

DON ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora.....
Bien dicen, toda es mundanzas
Esta vida: ¡qué consultas
Tan graciosas y tan largas
Se celebráron aquí!
¡Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! y entre tanto
Vegete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese:
Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros:
Si ya teneis enterradas
Tres mugeres, no llameis
A que os entierre la cuarta:
Dejadlo por Dios, amigo,
Que en la edad tan avanzada
Que teneis, parece mal
Lo que en otra no se extraña:
Ya no es bien visto.....

DON ROQUE.

Muñoz,
Olvida cosas pasadas;
Dime lo que debo hacer.

MUÑOZ.

Parece cosa de chanza,
Un setenton enfermizo

Casarse; ¿ y con quién se casa?
Con un niña, que apénas
En los diez y nueve raya:
Y despues, sin conocer
El riesgo que le amenaza,
Admite en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él, desde chiquitos,
Se han tratado y aun se tratan
Con harta satisfaccion.

DON ROQUE.

¿ Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

¡ Toma! ¿ con que no sabeis
Quién es ella?

DON ROQUE.

Sé, que estaba
En poder de su Tutor,
Don Juan Antonio de Lara,
Que la educó.

MUÑOZ

Bien está:
Tambien sabréis, que pasaba
Muchas veces la tal niña
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Alvaro: allí trataba
Con el sobrino dichoso;
Él, no es mucho que pagara
Las visitas; ¡ ya se ve,
Es atento! se formaba.
La turtelia, y entre tanto

Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra:
En fin, la amistad nació
En la niñez. Si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasara
A otra cosa, que en la edad
Que tienen no será estraña,
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

DON ROQUE.

¡Ay Muñoz! ¡válgame Dios!
Ya se ve, fuéron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorara:
Trataba de mis asuntos
Con Don Alvaro..... ¡pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años por lo ménos
Llevan de amor.

MUÑOZ.

Cosa es clara [1].

DON ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ

Me voy.

DON ROQUE.

No, Muñoz.
Dime lo que se te alcanza

[1] Hace que se va.

En este asunto, y qué puedo
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais ¿Que sin tardanza
El huésped y su criado
Salten de aquí; que la hermana
Pegota vaya tambien
A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra muger,
Señor Don Roque, guardadla,
Que no sois nada galan,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamas la consentiréis
Festines, ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distrayga.
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza:
Por el pronto..... pero al cabo.....
Siempre..... en fin, no digo nada;
Ello..... haced lo que os parezca:
Basta de consulta.

DON ROQUE.

Aguarda,
Muñoz, ¿qué ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor?

MUÑOZ.

Y si miéntras que se trata
Aquí su conservacion,

Está el huésped en la sala
Requebrando á mi señora,
No adelantarémos nada.

DON ROQUE.

No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho: fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con qué haréis
Esa expulsion?

DON ROQUE.

Sin tardanza;
Y tanto, que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor,
Que ántes de comer se vayan?

DON ROQUE.

Ello ha de ser, es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana,
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
¡Eh! ya podeis empezar:
La ocasion la pintan calva.

DON ROQUE.

Verémos: pero yo dudo

Conseguir lo que se trata.
Entre nosotros.

MUÑOZ.

¿Porqué?

DON ROQUE.

Qué sé yo si.....

MUÑOZ.

Vaya, vaya,
Señor: cuidado que el hombre
En un pelillo se atasca.

ESCENA II.

DON ROQUE y DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabáron.

DON ROQUE.

¿Se acabáron?

DOÑA BEATRIZ.

Sí, ¡como quedáron tantas!

DON ROQUE.

Pues, Señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? vaya
Que esto va malo, Beatriz:
Jamas he visto en mi casa
Tal desórden: ¡ya se ve!
Si parece una posada:
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero

Poner remedio: tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos y te vayas:
Déjame con mi muger,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla,
En fin, á mangonear
Unicamente: escusada
Venida: pero aun supuesto
Que ella te necesitara,
Para que tú la instruyeras
Sobre algunas circunstancias.
De mi genio, ó cosa tal,
Las cuatro ó cinco semanas,
Que ha que nos casamos, juzgo,
Beatriz, que son muy sobradas
Para la tal instruccion.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera;
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda quedó bastante
Para que no le lloraras:
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir.....

DOÑA BEATRIZ

Y dime,
¿Toda esa arenga en substancia
Es porque me vaya?

DON ROQUE.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Sí? pues no me da la gana.

DON ROQUE.

¿Porqué no?

DOÑA BEATRIZ.

Porque conozco,
Mejor que tú, las marañas
Que estás urdiendo: tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero, porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma; y despues
Para empezar con estrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha,
Y no lo merece á fe.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes: una niña
Sin padres, abandonada
A su Tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Solo porque viendo en tí
El cariño que mostrabas
A Isabel, no le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas:
¡Ay hermano! esa infeliz
No merece que la añadan

Disgustos, no: pero tú
En nada de esto reparas.
Piensas que te lo mereces
Todo, que es afortunada
Siendo tu muger, y en vez
De servirla y agradarla,
Vas á hacerte su tirano:
Querrás, sin duda, quitarla
El alivio que halla en mí,
Como en su amiga y su hermana:
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava;
Y cerrando á piedra y lodo
La fortaleza encantada;
No permitirla visitas,
Ni consentirla que salga
Jamas á aquellas honestas
Diversiones necesarias
A una niña. Esto no es bueno,
Hermano: debes tratarla
Con amor, y reprimirte
Muchas veces en tus raras
Aprehensiones, y hazte cargo
De la infinita distancia
Que hay de tu edad á la suya.

DON ROQUE.

¿Pero yo te he dicho nada
De eso, muger? ¿yo la oprimo?
¿Yo acaso quiero matarla?
¿No la mimo? ¿no procuro?.....

DOÑA BEATRIZ.

Sí, procuras apurarla

El sufrimiento, y no sé,
De veras, como te aguanta.

DON ROQUE.

¡Hola! ¿quieres que las cosas
Que debe hacer no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo muger en casa,
Quien me ponga el peluquin,
Y me limpie la casaca?
Bueno fuera, si por cierto,
Que solo por alegrarla,
Si la quebradura, el flato,
O la gota se me agrava,
(Que ayer me puse á morir)
Todo lo disimulara,
Ocultando mis dolores
Con brincos y risotadas.
¿Quisieras.....

DOÑA BEATRIZ.

No quiero tal.

DON ROQUE.

Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Dijecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas
Entre duende y arlequin?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te dice que tal hagas?

DON ROQUE.

Vosotras, que gustais siempre
De semejantes monadas:

¿Qué, no te conozco yo?
¿Te parece que me engañas?

DOÑA BEATRIZ.

Vaya que eres fastidioso,
Si los hay.

DON ROQUE.

Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

DOÑA BEATRIZ.

Sí, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

DON ROQUE.

Beatriz.....

DOÑA BEATRIZ.

¡Eh! déjate de eso: saca
Chocolate, corre.

DON ROQUE.

Al fin [1]
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay Señor!
Si no he de poder echarla.
Ocho y ocho diez y seis,
Y la semana pasada
Azucar rosada, bollos.....
¡No es cosa lo que se gasta [2]!

[1] Yéndose.

[2] Abre con la llave la puerta del foro, y se va por la de la izquierda.

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ y GINES.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINES.

A mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba:
Ya sale.

ESCENA IV.

DON JUAN y GINES.

DON JUAN.

Ve al puerto, lleva esta carta [1],
Y allí pregunta á cualquiera
Por Don Pedro de Arizabal,
Que es Capitan de Navío,
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche:
¿Estás? y dile, que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle:
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.

[1] Le da una carta.

GINES.

Voy;
Pero, Señor, deseara
Saber si en estos recados
De la partida se trata
Que quereis hacer de Cádiz.

DON JUAN.

Sí, Gines, ya está pensada,
Y hoy mismo quiero salir,
O cuando mucho mañana.

GINES.

¿Y á dónde vamos?

DON JUAN.

Adonde
Léjos esté de mi patria.
Mi primo Don Agustin
Es Oidor en Guatemala;
Deudo y amistad nos une;
Allí nada me hará falta.

GINES.

¿Y aquí Señor?

DON JUAN.

Aquí solo
Tengo sustos y desgracias:
Déjame Gines, que estoy
Fuera de mí.

GINES.

Mas estraña
Casualidad no se ha visto:
Y á mí que no sé la causa
Me da mayor confusion.

DON JUAN.

¡Ah¡ que una muger ingrata
Me quita la vida: ¡ay Dios!
Tú, Gines, no ignoras nada:
Sabes, que desde chiquitos
Nos quisimos; que ella estaba
A tutela, y yo en poder
De mi tio. Este pensaba
Casarme en Madrid con una
Señora muy hacendada.....
Ya lo sabes; ocultando
El amor que profesaba
A Isabel, ni repliqué,
Ni le quise dar palabra
En este tiempo mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos: resolvió
Ir á Madrid; yo que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él.... ¿ni quién juzgara
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La vi mas enamorada;
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase.....? ah falsa
Engañadora! Llegámos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia solo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas;

Y al cabo de cuatro meses
Cesó del todo en sus cartas.
Yo¡ triste de mí! ignorando
Qué motivos pude darla,
Mil causas imaginé;
Pero un amigo, que estaba
En Cádiz á la sazon,
Me escribió que se casaba
Isabel, mas sin decirme
Con quién, ni cómo la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
En este tiempo, Gines,
Sucede la inopinada
Muerte de mi tio, siendo
La mayor de mis desgracias,
Pues no conocí otro padre,
Y como tal me estimaba.
Nombróme por su heredero;
Yo, despues de despachadas
Las cosas que disponia,
Dejé á Don Luis de Miranda
Con poderes, para que
En nombre mio cobrara
Algunas deudas; dispongo
A toda prisa la marcha,
Creyendo ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratiud
De esa muger. Dí mil trazas
Para poderlo lograr;
Y eligiendo la mas mala,

Dispongo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este Don Roque,
El qual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notara
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acabada
Ayer de llegar, y dice
Don Roque, que está de gala
Porque es novio; llama luego,
Para que yo celebrara
La eleccion, á su muger.
Viene al fin acompañada
De Doña Beatriz; ¡si vieras!
No es posible ponderarla.....
La turbacion, el horror.....
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular; fuéron vanas
Diligencias; yo la ví
Llorosa y acongojada
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí, no acertaba
A hablar siquiera:::: ¡ay de mí!
Él es un necio, y en nada
Reparó. ¡Válgame Dios¡
¡Válgame Dios! esto alcanza

Quien la tuvo tanto amor!
Yo no sé lo que me pasa.....
Yo no sé.....

GINES.

¿ Y habeis hablado
Con ella á solas?

DON JUAN.

Estaba
Anoche en un cuarto de esos,
¡ Con qué halago en sus palabras!
¡ Qué hermosa! ¡ qué fementida
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apénas comenzaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo ni quiero hablarla;
¿ Qué ha de decir ? ¿ cómo puede
Decir que tuvo constancia,
Ni que amó de veras? ¿ cómo?

GINES.

Quizá, Señor, obligada
De su Tutor : ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.....

DON JUAN.

!Ay Gines!
No hay disculpa, no has de hallarla:
Soy infeliz.... pero yo
Con fuga precipitada
Mi patria abandono; y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo. ¿ Y no podré

Decirla, que es una ingrata
Fementida muger? Mira,
Gines; vuélveme esa carta.

GINES.

¿Qué pensais hacer [1]?

DON JUAN.

No sé;
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Ve á dentro, recoge todos
Mis papeles en la caja,
Que en la posada quedó
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás¿

GINES.

Yo, Señor,
Gustoso os acompañara
Al cabo del mundo; solo
Me aflige vuestra desgracia:
¡Ojalá pudiese yo
En algun modo aliviarla!

DON JUAN.

Sí, Gines, no me abandones.

GINES.

En mí no hallaréis mudanza,
Siempre os he querido bien.

DON JUAN.

Pues haz lo que he dicho. ¡Quántas

[1] Dándole la carta.

Penas me cercan! la muerte
Puede solo remediarlas.

ESCENA V.

DON JUAN Y DON ROQUE.

DON JUAN.

Señor Don Roque, supuesto
Que estan ya finalizadas
Nuestras cuentas, entraréis
A enteraros de la paga;
Veréis los vales.

DON ROQUE.

¿Qué, es todo
En papel?

DON JUAN.

Si no se halla
Dinero: ademas, que ¿cómo
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?

DON ROQUE.

Como tú te vayas [1],
Todo va bueno: decia,
Que os daré sobre la marcha
El recibito.

DON JUAN.

Por eso
No os molesteis.

DON ROQUE.

Buena paga

[1] Aparte.

Era el tio! le traté
Muchos años; y estimaba
A sus amigos: buen hombre,
Y alegre; siempre de chanza:
¡Pobre Don Alvaro! ¿y quánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

DON JUAN.

Las haciendas de Chiclana
Y el vínculo.

DON ROQUE.

¿Sí, no es mal
Bocado, amigo; hoy se gasta
Mucho, y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien:
Ahora tomaréis casa,
La pondréis á lo moderno,
Buenos trastos, y mañana
Os casais, y la muger
Que tampoco irá descalza.....
Viviréis como un Señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata
De buscar casa?

DON JUAN.

¡Que tonto [1].
Es el hombre! No pensaba
En eso; porque si acaso
No se me proporcionara
Lo que intento, en Cádiz nunca

[1] Aparte.

Falta muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
Allí viene, no he de hablarla [1].

DON ROQUE.

¿Con que al fin determinais?.....

DON JUAN.

Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad [2].

ESCENA VI.

DON ROQUE y DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Me dejó con la palabra
En la boca; el hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Señor.

DON ROQUE.

¿Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

DOÑA ISABEL.

No Señor.

DON ROQUE.

Pues sí, parece que trata
De irse á su casa; está ya
La pobrecilla cascada,
Y aunque es moza, los trabajos.

[1] Aparte, mirando adentro.
[2] Entrase en el cuarto de Don Roque.

Y pesadumbres acaban
Bastante. ¿Tú qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?

DOÑA ISABEL.

Sí Señor; decidla vos
Que se quede.

DON ROQUE.

¿Sí? Aquí hay maula [1].
Es verdad, que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan en frente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.

DOÑA ISABEL.

Su genio
Es muy amable; me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

DON ROQUE.

¿Sí? Aquí hay maula [2].

ESCENA VII.

DON ROQUE. DOÑA ISABEL y MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el Cajero
De Monsieur Guillermo.

DON ROQUE.

¿Quántas
Veces ha venido ya?

[1] Aparte.
[2] Aparte.

¿No le he dicho que esperaban
Los géneros del Ferrol?
Y que hasta que en la Aduana
Se registren.....

MUÑOZ.

Bien, ¿y qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. La paciencia
De un Santo no me bastara.
Dice, que á las nueve en punto
En su despacho os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las lanas
El Inglés, Anson.... Manson.....
Qué sé yo cómo se llama
El Inglés.

DON ROQUE.

Sí, ya lo sé:
¿Y precisamente aguardan
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece
Que al primer viento se marcha.

DON ROQUE.

Pues, y es preciso acudir:
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada.
Para estas cosas; se ofrece
Escribir en una llana

Cuatro renglones, no sabes;
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito;
Y yo.....

MUÑOZ.

Pues pese á mi alma,
¿Cuidado que teneis gana
De quimera! si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? no es mala
La aprehension, salir ahora,
Sin haber sobre qué caiga,
Con esa pata de gallo.

DON ROQUE.

¿Muñoz, por eso te enfadas?
Lo dije, porque si fuera
Posible que aliviaras
En ciertas cosas...

MUÑOZ.

¡El diantre
De la ambicion! vaya, vaya.

DON ROQUE.

Vamos Muñoz, no te enojes;
Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
Del polvito! tengo aquí.

DON ROQUE.

Arrójalo que eso es granzas.

MUÑOZ.

Así me gusta.

DON ROQUE.

Este es

De aquello bueno de marras
Del Padre de la Merced;
¿Te acuerdas [1]?

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

DON ROQUE.

Es verdad, se me olvidó
Echar tabaco en la caja:
Ya la llenaré despues.

MUÑOZ.

Mala centella te parta [2].

ESCENA VIII.

DON ROQUE y DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Este Muñoz es fatal.

DOÑA ISABEL.

Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.

DON ROQUE.

Es su genio. No la agrada [3]
Porque es viejo. Dame, dame
El peluquin; esta bata
Y el gorro ponlos allí [4],
Que sepa, volviendo á casa,
Donde lo he de hallar: ayer
Casi toda la mañana

[1] Le da la caja: Muñoz la abre, y se la vuelve hallándola vacía.
[2] Aparte.
[3] Aparte.
[4] Harán lo que detonan los versos.

Anduve buscando el gorro,
Porque mi señora hermana
Me le guardó tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Donde le puso: las cosas
Siempre en su lugar.

DOÑA ISABEL.

La caja
Del peluquin no la encuentro.

DON ROQUE.

¡Válgate Dios! ahí estaba
Debajo de ese bufete:
Con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro: donde he dicho:
Así está bien. En el arca
Verás una chupa musga,
Que tiene boton de plata,
Y una casaca blanquizca;
Tráelo todo [1].
¡Esta muchacha!
¡Ay señor! y lo peor
Es, que mi Don Juan no salga.
Pues, yo me voy, y se quedan
Solos: ¡buena va la danza!
Unicamente Muñoz.....
¡Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé porqué!
¿Isabelilla, despachas [2]?

[1] Entra Doña Isabel; Don Roque se queda en el teatro en justillo.

[2] Sale Doña Isabel con el vestido.

DOÑA ISABEL.

Estaba todo revuelto.

DON ROQUE.

Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el parage
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos... ¡ah! si vieras [1],
(Otro gallo me cantaba
Entónces) cuando vivia
Mi difunta Nicolasa!
¡Qué puntualidad, qué aseo!
¡Era una muger muy guapa!
Y siendo moza, que apénas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió, nunca, nunca
Aquella muger pensaba.....

DOÑA ISABEL.

¿Vais en cuerpo?

DON ROQUE.

No por cierto,
Que hace un ambiente, que pasma.
Ella gustar de cortejos,
Ni como otras atronadas....
¡Qué! jamas.

DOÑA ISABEL.

¿Traigo el capote?

DON ROQUE.

¿Cómo?

[1] Dirá estos versos miéntras se viste, ayudándole Doña Isabel.

DOÑA ISABEL.

¿ Si quereis que traiga
El capote?

DON ROQUE.

El redingot.

DOÑA ISABEL.

Pues bien, eso preguntaba.

DON ROQUE.

Sí Señor, muy hacendosa,
Continuamente aplicada
A la labor, eso sí [1];
Y las otras dos, la Paca
Y la Manolita, todas
Fuéron á cual mas honradas;
A su marido y no mas:
¡ Ya se ve! buenas christianas.

DOÑA ISABEL.

Dios me dé paciencia; ¡ ay triste [2]!

DON ROQUE.

Si esta muger no es negada,
Ha de conocer.... preciso,
A qué van encaminadas
Mis indirectas: Dios quiera
Que surtan efecto [3].

DOÑA ISABEL.

¿ Falta
Alguna cosa?

[1] Dirá estos versos miéntras Doña Isabel le limpia.

[2] Vase Doña Isabel.

[3] Sale Doña Isabel con el capote, y se le pone á Don Roque.

DON ROQUE.

No mas.
Haz que limpien esta sala,
Que pongan bien esos trastos:
Yo no sé como mi hermana.....
Pues ella bien alcanzó
A Manolita: extremada
Era en la limpieza: cuando
Quieras, puedes preguntarla,
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy muger ¡o! aquella[1]!

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL y BLASA.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Pobre Isabel!

BLASA.

¡No sabeis,
Señora, como se marcha
Don Juan?

DOÑA ISABEL.

Yo no sé; ¿pues cómo?

BLASA.

He visto á Gines que anda
recogiendo sus trebejos,
Y á toda prisa los guarda;
Pero él es tan martagon,
Que maldita la palabra

[1] Entrase en su cuarto.

Me ha querido responder:
Pero se van.

DOÑA ISABEL.

Que se vayan,
¿Qué cuidado te da á tí?

BLASA.

Ninguno; solo estrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

DOÑA ISABEL.

Tendrán posada
Mas á su gusto; ¿quien sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL y DON ROQUE.

DON ROQUE.

Dirá los dos primeros versos al salir de la puerta. Doña Isabel estará bastante apartada.

No hay remedio; erre que erre;
Aquí hay alguna entruchada.
Pues burla burlando, ya
Las nueve no hay que espararlas.
Vamos allá; presto vuelvo;
Allí pronto se despacha:
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada

La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

En sus palabras,
En sus acciones encuentro
Un misterio.... siempre habla
Con ambigüedad, me observa;
Ni aun con Beatriz se declara.
¿En qué vendrá á parar esto?
Ya se fué; soy desgraciada....
¿En qué le pude ofender?

ESCENA XII.

DOÑA ISABEL y DON JUAN.

Al salir del cuarto de Don Roque ve á Doña Isabel, y hace ademan de volverse á entrar. Doña Isabel hará lo que denotan los versos.

DON JUAN.

Aun está aquí.

DOÑA ISABEL.

No te vayas;
Solos estamos; ¡ay Dios!
¡Tú me vuelves las espaldas?
¿A tu Isabel?

DON JUAN.

Déjame.

DOÑA ISABEL.

No, no te dejo, declara
A quien te quiere, tu enojo.
Don Juan, no ignoro la causa;
Pero eschúchame, sabrás....

DON JUAN.

¿Qué he de saber? que eres falsa?
Que me has olvidado, que...
Ya lo sé.

DOÑA ISABEL.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Ingrata!

DOÑA ISABEL.

Oyeme, ¡tan poco puedo
Contigo!

DON JUAN.

No, no te valgas
De artificios, que algun dia.....
Pero ya es tarde; se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

DOÑA ISABEL.

No bastan
Estas lágrimas.....

DON JUAN.

Fingidas.

DOÑA ISABEL.

No lo son.

DON JUAN.

Déjame, aparta.

DOÑA ISABEL.

Dime pues cruel! qué quieres
De una muger humillada[1]!

DON JUAN.

¿Qué he de querer? ¿ni qué puedes
Tú decir, que satisfaga
A mi indignacion? Que fuiste
Por el Tutor violentada
Hasta el pie de los altares,
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon;
Que niña, desamparada
Y oprimida, al fin cediste;
Y que cuando suspirabas
Por mí, sin poder huirlo,
En un nuevo amor te enlazas,
Que solo debe la muerte
Desatarle. Mira cuantas
Razones me puedes dar:
Pues todas ellas no alcanzan
A disculparte; no es cierto.
Que me quisiste..... ¡inhumana!
¿Tú, sabes qué golpe es este
Para mí?

DOÑA ISABEL.

Señor, yo amaba
De veras; ¡ay! mis finezas
Ciertas fuéron y no falsas:
Y sé que el poder del mundo
Que entónces se declarara

[1] Doña Isabel le deja y se va con precipitacion á un extremo del teatro: él siguiéndola, dice estos versos.

Contra mí..... pero tú ignoras,
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas
En mi daño conjuradas,
Los zelos pudiéron solos
Conseguir que me olvidara
De tu amor..... no me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética consentí
En lo que mas repugnaba:
Mi resolucion no fué
Ingratitud, fué venganza.

DON JUAN.

¡Isabel, zelos! ¿de quién?
¿Con qué.....? ¡me engañas!

DOÑA ISABEL.

No te engaño.

DON JUAN.

¿Pues qué fué?
Isabel, ¿quién envidiaba
Mi fortuna? ¿quién te pudo
Seducir? dímelo.

DOÑA ISABEL.

Estaba
Mi Tutor harto instruido
De todo; juzgó lograda
Su victoria, cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte: entónces me dijo,
Que era fuerza me casara
Con Don Roque: repugné:
Él instó: ¡(memoria amarga)!

Buscó mil medios, y supo
Que Don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid; al punto
Vió su cautela lograda.
Fingió dos cartas.....

DON JUAN.

¡Qué dices!

DOÑA ISABEL.

Sí, Don Juan; donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio:
Él dispuso que llegaran.....

DON JUAN.

¡Ah! indigno que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

DOÑA ISABEL.

Hizo que las viera yo;
Logró su astucia villana.....
¡Ay, una muger amante
Cuán fácilmente se engaña!
Instó de nuevo, y al fin.....

DON JUAN.

Deja, deja me que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

DOÑA ISABEL [1].

Señor, ¡ay de mí! ya es tarde:
¿Qué piensas hacer? no añadas
Nuevos males á mi mal.
Yo me moriré mañana

[1] Deteniéndole.

Entre angustias y dolor :
Nuestra fortuna contraria
No quiso que amor tan firme
A dichoso fin llegara.
No hay remedio, vive tú,
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí :
No quieras, no, despreciarla
Por esta infeliz muger,
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas yo sabré
Con paciencia tolerarlas;
Como tú vivas feliz,
A Isabel eso la basta.

DON JUAN.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! ¡donde estoy!
Con cada razon me matas;
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.....
¿Mas yo me detengo aquí?
¿Qué hay que esperar? nada falta
Que saber : harto comprehendo
Tu pasion y mi desgracia.

DOÑA ISABEL.

No Don Juan; si así te ausentas,
Del todo me desamparas :
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos : ¿, quién te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata

Solo con verte; no niegues
Este consuelo á tu amada
Isabel.

DON JUAN.

¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? calla, calla
Infeliz, no solicites
Lo que á tí y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte.
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades,
Que solo á mí destinabas?
¿Que solo yo merecí?
¿Quieres que llegue mi infamia
A tal exceso? ¡ah cruel!
No basta, dime; no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Zelos, que han de producir
Desesperacion y rabia?
¡Ay Dios! déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Te vas?
¿Así te vas? ¡qué villana
Accion! ¿me dejas? ¿no vuelves
A verme? ¡ay desventurada!
¿Volverás?

DON JUAN.

No sé, no sé.....
Pero es fuerza que me vaya.

No podrá borrar la ausencia
El amor de nuestras almas;
Pero evitará una culpa,
Que miro ya muy cercana
Si no me voy: á los dos
Nos está bien evitarla.

DOÑA ISABEL.

¡Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta [1].

[1] Don Juan se va por la puerta de mano derecha; y Doña Isabel por la opuesta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON ROQUE y despues MUÑOZ.

Don Roque observa si alguno le escucha, y luego llama á Muñoz.

DON ROQUE.

Solos parece que estamos;
Entra Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

DON ROQUE.

Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho,
Y qué has podido observar.

MUÑOZ.

¿Qué encargo, lo del ungüento?

DON ROQUE.

¿Hombre, al salir no te dije
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

DON ROQUE.

Don Juan é Isabel;
Y que vieras.....

MUÑOZ.

Ya me acuerdo:
Yo no he visto nada.

DON ROQUE.

¿No?
¿Con que Don Juan se fué presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

DON ROQUE.

Ya, pero en ese intermedio
¿No se habláron?

MUÑOZ.

Qué sé yo.

DON ROQUE.

¿Pues no te encargué, que luego
Que yo me fuese, estuvieras
Escuchando muy atento,
Si los dos....?

MUÑOZ.

En el portal
Me he estado casi durmiendo.

DON ROQUE

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

DON ROQUE.

¡Hombre, nada! pues es cierto.
Que se puede descuidar....
¡Válgame Díos!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré;
Yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger:
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger; encarga
Para apurar sus rezelos,
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien, observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios; hay riñas,
Voces, lloros, juramentos,
Palos; la muger conoce,
(Y es fácil de conocerlo),
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita con el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa; agur,
Perdió de una vez su empleo.
¡Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor! Está el marido
Rechinando; ¿y qué tenemos?
Nada; viene la Señora;

El se irrita; bien; y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
¿Y qué sé yo? de manera,
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectáron, y yo creo,
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleyto
Del chismoso del criado;
Porque ellas no pierden tiempo.
Entónces entra el decir,
Que es un bribon ambustero
El pobre corre-veydile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entónces
Voto de amen, no hay remedio;
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... yo me entiendo.

DON ROQUE.

¡Hombre, por amor de Dios!

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo;
No puedo, no hay que cansarse,
Ya está dicho; á perro viejo
No hay tus tus.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz,

Coge un cordel.....

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

DON ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita
De cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

DON ROQUE.

Dale bola con la edad.

MUÑOZ.

Dale con pedir consejo.

DON ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste.....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy
Christiano, que ya no puedo
Aguantarte: !qué maldita
Condicion!

MUÑOZ.

¿Pues yo qué he hecho
De malo? ¿hice yo la boda?
¿Di yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Gines, ni la criada

Que me sisa los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo, sin ser
Arte ni parte? ¿qué es esto?

DON ROQUE.

Hombre, ven acá, ¿quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido,
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije:
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa;
Y juzgando..... ¿ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado ni se acuerda
De ladrar.

DON ROQUE.

Juzgué que el medio
Mas prudente, era observar.....

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses, decíais:
Muñoz, ya este es otro tiempo,
Ya enviudé: ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos!
Diez meses ha: no hará mas:
No se me olvidan tan presto
Las cosas: ya estais casado,
Lleno de desasosiegos,
Lo pasado se olvidó:
Y atarugado y suspenso
Con lo presente, Muñoz,
Qué dices, dame un consejo,

Un arbitrio..... ¿ para qué?
Para deshacer lo hecho?
No hay escape: ¿ no os casásteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

DON ROQUE.

Yo no te digo,
Muñoz que busquemos medios
De descasarme; no tal.

MUÑOZ.

Con que no tal; ¡ eh! me alegro.
Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego
Que era separarse de ella.....

DON ROQUE.

¡ Ay Muñoz, déjate de eso.
¿ Separarnos? no Señor:
Vaya, por ningun pretexto:
El mal era para mí
Entónces..... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes; esto quiero;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de Don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo; ella me aturde,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar;
Él, afectando misterios,

Nunca responde á derechas:
De suerte.....

MUNOZ.

¡Para mi genio!

DON ROQUE.

De suerte que yo no sé
Como salir de este enredo.
Ellos al cabo se irán;
Pero entre tanto no es bueno
Que Don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias:
Y hoy para darme tormento
Ese diablo de ese Ingles
Quiere entregarme el dinero
De las lanas; fuí allá,
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente:
Diez mil reales nada ménos
Importa: es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

DON ROQUE.

Que es menester que me ayudes;
Muñoz, por Dios te lo ruego.
Una especie..... por la calle
Lo he venido discuriendo:
Una especie me ha ocurrido
Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

DON ROQUE.

Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

DON ROQUE.

No es mas sino aparentar,
Que los dos nos vamos luego;
Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder: yo me voy,
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entónces.
Te ocultas con mucho tiento,
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin rezelo
A patullar: Isabel
Descubrirá sus secretos;
Beatriz hablará con ella,
Y de este modo sabrémos
Cuanto hay que saber..... ¿te ries?

MUÑOZ.

Y qué mala gana tengo

De risitas; pero á veces
No está en un hombre ser serio.

DON ROQUE.

Pero..... y á qué viene..... ¡dale
Con la risa!

MUÑOZ.

Viene a cuento,
Sí Señor.

DON ROQUE.

¿Porqué?

MUÑOZ.

¿Porqué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite; una cosa
Solamente echo de ménos;
¡Ya se ve! ¡nos es esencial!

DON ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ

El agujero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

DON ROQUE.

Es verdad,
Se me fué del pensamiento;
Debajo del canapé
Que es muy fácil.

MUÑOZ.

Ya lo veo [1].

[1] Al decir esto se va Muñoz, y vuelve despues.

DON ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira;
Muñoz; ¡pues estamos buenos!
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios mira.

MUÑOZ

¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?

DON ROQUE.

Que es preciso.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo,
Es preciso, bien está.

DON ROQUE.

Mira.....

MUÑOZ.

Si todo el infiermo;
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiera mas embelecos.
¡Caramba! es cosa de chanza:
¿Yo agazaparme? primero....
¡Digo! á la vejez viruelas:
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un....

DON ROQUE.

Muñoz,
Mira, Muñoz, ya no quiero
Nada de tí; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto:
¡Qué ley! ¡qué ley! yo creí

Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre era apariencia
Nada mas: y yo, camueso
De mí, sin quererle echar
Por mas que me lo dijéron
Sus amas..... Pero señor,
Que haya de olvidar tan presto.....
¡Qué ingratitud! cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

DON ROQUE.

¿Pues qué no sabes las mandas
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

DON ROQUE.

¡Toma! un año de salario
Contado desde el momento
En que yo fallezca; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula;
Mando tambien.....

MUÑOZ.

Yo no debo
Nada á nadie.

DON ROQUE.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

DON ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios; tambien te dejo
La caja de plata; en suma
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte: ¡y por una cosa
Tan fácil, como te ruego,
Te enfureces como un tigre.....!
En fin se acabó; yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo:
¿No quieres hacerlo? vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

DON ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

Qué sé yo [1].

DON ROQUE.

No entiendo ya de rodeos,
Di lo que quieras hacer.

MUÑOZ.

Han llamado : : : que..... verémos.

[1] Suena la campanilla, Muñoz quiere irse, y Don Roque le va deteniendo.

DON ROQUE.

No hay verémos, habla claro.

MUÑOZ.

Si voy á abrir.

DON ROQUE.

No, primero
Has de resolverte.
Digo,

MUÑOZ.

Que sí lo haré.

DON ROQUE.

¿Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

ESCENA II.

DON ROQUE y despues DON JUAN.

DON ROQUE.

¡Ay qué Muñoz! qué carácter
Tan temoso y tan soberbio:
En fin dijo que lo hará.
Y bien Don Juan, ¿qué hay de bueno?

DON JUAN.

Nada ocurre.

DON ROQUE.

Cansadillo
Vendréis de correr el pueblo,
Buscando casa: ¡es un diantre,
Es un diantre ¡Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua,
Llena toda de agujeros,
Sin conveniencia ninguna,

Me cuesta un horror, y siento
Infinito no hallar otra:
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones, y removiendo
Las cosas de su lugar
Se destruyen sin consuelo;
Y todo por no tener
Siquiera un par de aposentos
Donde poner unas camas:
Es trabajo.

DON JUAN.

Ya lo veo.....

DON ROQUE

¿Qué deseais?

DON JUAN.

Solo dije
Que teneis razon en eso.

DON ROQUE.

¡Ah! ¿Pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya..... si aquí.....
Vaya, es necesario verlo;
Es mucho engorro; yo á vos
Os trato sin cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte:
Ya lo veis, para poneros
Por una noche no mas

Esa cama, se ha revuelto
La casa, y cierto me pesa
En el alma no poderos
Dar posada..... ¡Nada! ¡como
Si se lo dijera á un muerto[1]!
Beatriz viene; vóyme al cuarto,
Que hoy es dia de correo,
Y aun me falta que cerrar
Unas cartas.

ESCENA III.

DON JUAN y DOÑA BEATRIZ.

DON JUAN.

¡Cómo puedo
Sufrir á este mentecato!
¿Quién me detiene? ¿qué es esto?
¿Para qué quiero ver mas,
Si alivio á mi mal no encuentro?

DOÑA BEATRIZ.

Gines ha guardado ya
Todos los trastos, y creo
Segun las señas, que os vais:
Yo Juanito, solo vengo
A decirte que en cualquiera
Parte, y en cualquiera tiempo
Puedes mandarme, que siempre
Soy la misma, y te deseo
Mucho bien; te conocí
Desde chiquito, y por eso
Te quiero tanto.

[1] Aparte.

DON JUAN.

Es verdad;
Yo, Señora, os lo agradezco.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué triste! ¡qué triste! ¿tienes
Algun pesar?

DON JUAN.

Nada tengo.

DOÑA BEATRIZ.

¡Tanta seriedad! no es esa
Tu condicion, no por cierto..... [1].
La turbacion, el disgusto,
Que en ella y en él advierto.....
Anoche..... ¡válgame Dios!
Cierto es ya lo que sospecho.
Mira Juanito, es preciso
Aclarar este misterio;
Hablemos bajo: ¿qué tienes?
Dímelo, ¿qué tienes?

DON JUAN.

Tengo.....
Qué sé yo; dejadme.

DOÑA BEATRIZ.

Mira,
Nadie nos oye, podemos
Hablar con seguridad:
Mi hermano estará allá dentro
Con sus cuentas; Isabel....

DON JUAN.

¡Ay! dejadme.

[1] Miéntras Beatriz dice estos versos, Don Juan se pasea pensativo por el teatro.

DOÑA BEATRIZ.

Ya te entiendo,
Ya lo sé todo; bien haces
En irte, yo te aconsejo
Que lo dispongas muy pronto;
Apresúralo, primero
Es la estimacion que todo
Lo demas; éres muy cuerdo,
Muy hombre de bien, no sabes
Cuánto me agradas con eso.

DON JUAN.

¿Pero y..... á qué?

DOÑA BEATRIZ.

Lo sé todo:
No me gastes fingimiento;
Ninguno me lo ha contado,
Pero desde ayer observo.....
Y : : : vaya, sé tus niñeces,
Las ocasiones, lo tierno
Que has sido siempre, el cariño.....
En fin, de todo me acuerdo.
Dios lo quiso de otro modo;
Qué se ha de hacer, yo ya veo
Qué pesadumbre habrá sido
Para tí, ya lo comprehendo:
Pero, ¿y qué remedias? nada;
Juanito, pon tierra enmedio,
Y esto muy pronto, muy pronto,
Lo demas lo cura el tiempo.

DON JUAN.

¡Cuándo, cuándo borrará
Esta pasion!.

DOÑA BEATRIZ.

Yo no puedo
Decirte nada que tú
No alcances, solo deseo
Tu bien: si no tienes casa
Donde vayas, yo la tengo;
Pero si quieres quedarte
En Cádiz..... que no lo apruebo.....
En fin, si te quedas, mira
Que mudes el pensamiento
A otra parte; no caviles,
Ni dentro de un aposento
Te consumas: tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán: no des
Que decir; es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego
Introducir disensiones:
¿La quisiste? sí lo creo;
¿Correspondió? bien está.....
Ya no es tuya.

DON JUAN.

Si un perverso
No la hubiese violentado,
Ni hubiera por viles medios
Seducido su inocencia,
No la viera yo en ageno
Poder, ella fuera mia....
Si para amarse naciéron
Nuestras almas, y debian

[1] Don Juan se sienta en una silla.

Unirse con nudo estrecho,
¡Ay! ¿quién pudo desatarle,
Quién le rompe?..... ¡qué tormento!

DOÑA BEATRIZ.

Está muy reciente el mal,
No estraño que digas eso;
Pero despues....

DON JUAN.

Sí, despues,
Cuando ya me hubiere muerto

DOÑA BEATRIZ.

Por Dios que.....

DON JUAN.

Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
A la religion..... ¡que así
Usen del poder paterno
Con una niña inocente!
¡Que validos del pretexto
De educacion, tiranicen
Un corazoncito tierno,
Donde ya reside amor!
¡Qué iniquidad! ¡qué violento
Sacrificio! Ella turbada
Entre el pudor, y el respeto,
Tímida, engañada y sola....
Ya se ve, no pudo ménos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel!..... ¡yo sin saberlo,
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno!
¡Ella zelosa de mí

Sin motivo, resistiendo
Mil astucias! ¡desgraciada!
¡Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo!... ¿y hay en la tierra
Piedad, virtud? no lo creo [1].

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta;
Juanito, qué descompuesto,
Qué perdido estás.

DON JUAN.

Gines.

DOÑA BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento
Ha de conocer.

DON JUAN.

Gines.

DOÑA BEATRIZ.

No me escuchas.

ESCENA IV.

GINES, DOÑA BEATRIZ y DON JUAN.

DON JUAN.

Vuelve presto,
Mira.

GINES.

¡Señor!

DON JUAN.

Ve á la plaza,
Y en casa de Don Anselmo
Pregunta; porque él me ha dicho
Que verá de componerlo

[1] Se levanta.

Con un capitan su amigo,
En cuyo buque podrémos
Salir hoy mismo.

GINES.

No acabo
De entender....

DON JUAN.

Mira, Don Pedro
De Arizabal no nos puede
Llevar, pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion; á este efecto
Quedó en hablarle, y llevar
La razon á Don Anselmo
De si puede ó no su amigo:
Con la respuesta te espero
En su casa.... pero no,
Vente por acá primero,
Que ya habré vuelto. ¿Don Roque
Otra vez? Guárdeos el Cielo.

ESCENA V.

DON ROQUE y DOÑA BEATRIZ.

DON ROQUE.

Beatriz, pregunto....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DON ROQUE.

Solo preguntarte quiero
Cuando me dejas en paz,
Cuando mudas de aposento;

Mas claro, cuando te vas
A tu casa.

DOÑA BEATRIZ.

Estoy en eso;
Se dispondrá.

DON ROQUE.

No me empieces
Con tranquillas ni rodeos:
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas; pues es cierto
¡Que están las cosas baratas!
Y sobretodo no quiero
Mas huéspedes; hay tal tema!
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos,
No señor, una vez ú otra
Quando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarte aquí
Regalando, ni por pienso.
Mi muger no necesita
A su lado consejeros;
Con que así, fuera.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien,
No te has de enfadar por eso.

DON ROQUE.

Pero vete.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me iré,
Ya me iré.

DON ROQUE.

Sí, pero quiero
Que te vayas al instante.

DOÑA BEATRIZ.

Pues al instante, ¡qué empeño!
No faltaba mas: cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero,
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan, quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleyto;
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos;
Y si te da la morriña,
Que dura meses enteros,
Ninguno se ha de reir:
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias
(Como éres tan majadero)
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceyte ménos
Son ladrones; porque todo

Lo sisan para venderlo;
Si echan aceyte de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos
Genio como el tuyo, vaya,
No lo he visto, y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy: Isabelita
Antes de su casamiento
Apénas te conocia;
Yo la digo, yo la advierto
Lo que ha de hacer; déjala
Que te vaya comprehendiendo,
Que sepa tus estrañezas,
En fin que te trate, y luego
Verás como sin que nadie
Me lo diga, dejo el puesto:
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero:
A Dios.

ESCENA VI.

DON ROQUE y despues MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Beatriz!.... á otra puerta;
Pero no perdamos tiempo,
Esta es la ocasion; Muñoz....
Lo primero es lo primero:
Muñoz.

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora
Es ocasion, miéntras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡qué pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

DON ROQUE.

Despacha: por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!...

DON ROQUE.

¡Hombre!

MUÑOZ.

¡Dale! si es inútil
Todo; ¿qué pensais que harémos
Con el escondite? nada,
Nada, si lo estoy ya viendo:
¿A qué es cansarse?..... y supongo
Que hoy se van, lo doy por hecho,
Que los tres quedamos solos;
Las desazones, los zelos
No se acabarán jamas.

DON ROQUE.

¿Porqué?

MUÑOZ.

¿Qué, no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo:

No Señor. Si ella es alegre,
Antojadiza en extremo,
Amiga de cortejillos,
De comedias, de paseos,
Y aquí de todo carece:
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Trapajos en el invierno
Para el vientre, á cocer aguas,
Preparar polvos, ungüentos,
Parches, cataplasmas, ¡digo!
¿Cómo la ha de gustar esto?
Vaya, si no puede ser,
Todo será fingimiento.....

DON ROQUE.

Hombre, vamos.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco;
Sí, Señor; á cada paso
Habrá silvidos, acechos,
Villeticos, tercerías.

DON ROQUE.

En parte, Muñoz, comprehendo
Tu razon, su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! no es el genio;
La edad, la edad, ahí está,

En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres
Todos, poco mas á ménos,
Son de una misma calaña:
Los chicos gustan de juegos,
De alborotar y correr,
Y poner mazas á perros;
Las muchachas, transformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachibaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos,
Ni piensan en otra cosa
Qué en uno ú otro mozuelo,
Que al salir de casa un dia
Las hizo, al descuido, un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
Donde dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la chiquilla un portento
De virtud, y ella entretanto
Piensa en su lindo Don Diego.
Pues no digo nada el Cuyo,
Que anda que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras

Hecho un arrimon eterno
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde Doña Mencía
Le diga: ce, Caballero.
Ella y él á voces piden
Matrimonio, presto, presto,
Y en eso no piden mal:
¿Y porqué no lo pidiéron
Quando el uno en el corral
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla;
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y hieso?
¿Porqué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, Señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle,
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio
Porque cada cual se arrima
A su cada cual, ¿no es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.

Yo, Señor, en mí lo veo,
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo,
Pero despues se acabó,
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¡qué esperar!
Ni por acaso lo pienso,
Que ninguna muchachuela,
Que la rebosa en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto...
Vamos eso es disparate,
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor Don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Así pudiera explicarme
Del modo que lo comprendo!

DON ROQUE.

¿Pues qué mas has de decir?
Mal haya amen....

MUÑOZ.

El camueso
Que....

DON ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo, y me escurro [1].

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro, y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto acabas de decir;
Pero Muñoz¿ quid faciendum?
¿Quieres que me tire á un pozo?
Quieres....

MUÑOZ.

Yo, Señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto
Me degüellas.... lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

DON ROQUE.

Aquí, vamos entra presto;
Nadie viene, vamos, hombre.

[1] Hace que se va.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo,
Que disparate mayor
No lo pensara un jumento.
No conoceis....

DON ROQUE.

Muñoz, vete,
Marcha de mi casa presto,
Vete, recoge tu ropa.

MUÑOZ.

Si...

DON ROQUE.

Vete, que no te quiero
Volverte á ver en mi vida;
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

DON ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá [1].

DON ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo?
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué, no cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

[1] Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que allá lo verémos.

DON ROQUE.

Parece que viene gente [1].

MUÑOZ.

Esta es otra.

DON ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

Aquí te quiero escopeta.

DON ROQUE.

Que vienen ya.

MUÑOZ.

Si no puedo
Ir adelante ni atras,
Mas que venga un Regimiento.

DON ROQUE.

Pues has por salir, á ver.

MUÑOZ

No hay que tirar tan de recio.

DON ROQUE.

Es porque salgas aprisa.

MUÑOZ.

Ya salí.

DON ROQUE.

¡Jesus qué aprieto!

[1] Dirá este verso Don Roque cuando Muñoz está ya medio escondido, hace diligencias para salir, y le ayuda su amo.

MUÑOZ.

Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VII.

DON ROQUE y DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Si habrá visto.... pero no.

DOÑA ISABEL.

Me llamábais?

DON ROQUE.

No por cierto·
Esta es escusa. Parece
Que los huéspedes se fuéron.

DOÑA ISABEL.

Pienso que sí

DON ROQUE.

¿Qué me dices
De ese Don Juan? ¡ves qué atento,
Qué bizarro y *entendido*!
Quien le conoció chicuelo,
Y ahora le ve.... vaya, vaya,
Los mozos nos hacen viejos:
¡Cómo calla la bribona [1]!
Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De Don Alvaro, en su casa.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.

[1] Aparte.

DON ROQUE.

Sí, bien me acuerdo.
¡Qué traviesos érais todos!
¡Qué chillidos, y qué estruendo
Andaba en la sala obscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino, Don Pedro,
Don Andres y Don Martin
De Urquijo! que hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.....
¿Lloras?

DOÑA ISABEL.

No, Señor.

DON ROQUE.

Yo veo
Que lloras, dí la verdad
¿Qué tienes? algun misterio
Hay aquí, ¿dí, porqué lloras?

DOÑA ISABEL.

No lo extrañeis, pues me acuerdo
Con eso que me decis
De aquel venturoso tiempo.....

DON ROQUE.

De aquel tiempo quando os íbais
A retozar.

DOÑA ISABEL.

No por cierto.

DON ROQUE.

Tú, Don Juan, y otras muchachas,
Y el hijo de Don.....

DOÑA ISABEL.

No es eso.

DON ROQUE.

¿De Don Blas; y en la cocina
No dexábais en su puesto
Ni vasija ni cacharro?
¡Isabel aquellos juegos!
¡Aquellos juegos!

DOÑA ISABEL.

¡Ay triste!

ESCENA VIII.

GINES con un papel en la mano y dichos.

DON ROQUE.

Ola, recado tenemos [1],
Y villetico tambien:
Yo he de verle. ¿A dónde bueno,
Señor Gines?

GINES.

A buscar
A mi amo.

DON ROQUE.

Ya te entiendo:
¿Con que al amo?

GINES.

Sí, Señor.

DON ROQUE.

¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.

[1] Aparte.

GINES.

¡Bueno es eso!
Si no es para vos.

DON ROQUE.

No importa.

GINES.

Advertid....

DON ROQUE.

Yo nada advierto:
Es empeño el verle ya.

GINES.

Ahí le teneis, si es empeño [1].

DOÑA ISABEL.

¡Qué dirá el papel!

GINES.

El hombre
Gasta mucho cumplimiento.

DOÑA ISABEL.

Llena de temor estoy [2].

DON ROQUE.

Pues toma, llévale presto.

GINES.

¿Pero está en casa mi amo?.

DON ROQUE.

No está en casa, segun creo.

DOÑA ISABEL.

No está, no está.

GINES.

Agur, Señores.

DON ROQUE.

A Dios, amigo.

[1] Le da el papel, y Don Roque lee.
[2] Aparte.

ESCENA IX.

DON ROQUE y DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

En efecto
Se va Don Juan.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo? ¿á donde?

DON ROQUE.

¡Si será el lloro por esto [1]!
Hoy mismo se ha de embarcar.....
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Yo nada.

DON ROQUE.

El viento
Es propio para salir,
Y me parece muy bueno
Que vaya á América: allí
Si se da por el comercio
Hay muy buena proporcion;
Es verdad que no le veo
Inclinado á comerciar;
Pero, en fin, cuanto lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va,
Y á donde va, que no es lerdo.....
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada, Señor.

DON ROQUE.

Es un mozo muy atento,
Y de bella inclinacion:

[1] Aparte.

Yo he celebrado en extremo
Haberle tenido en casa,
Y aunque ha estado poco tiempo,
He comprehendido que tiene
Prendas de muy caballero:
¿Qué te parece? ¿es verdad?

DOÑA ISABEL.

No hay duda, Señor, es cierto.

DON ROQUE.

¿Estás triste?

DOÑA ISABEL.

No, Señor.

DON ROQUE.

¿Qué, no te gusta que hablemos
De nuestro huesped?

DOÑA ISABEL.

A mí
Qué se me puede dar de eso?

DON ROQUE.

Dices bien, ¡ola! ya es tarde [1].

DOÑA ISABEL.

¿Salis otra vez?

DON ROQUE.

Sí, tengo
Que hacer mil cosas; Muñoz
Tambien ha de salir luego:
Cuando se vaya, tened
Cuidado y estad atentos
Por si alguno llama. A Dios.
Tú caerás en el anzuelo [2].

[1] Saca el Relox.
[2] Aparte.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL y DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes á dentro, Isabel,
O te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?

DOÑA ISABEL.

¡Ay Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Dejemos eso,
Isabelita.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí?

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, hermana, ¡qué es esto!
¿No ha de haber prudencia en tí?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo,
Despedirle para siempre
Antes que llegue el extremo
De que lo sepa me hermano?

DOÑA ISABEL.

Ya lo sabe, ya no es tiempo
De disimular con él;
Mis ojos se lo dijéron,
Mis suspiros.....

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

DOÑA ISABEL.

Nada; pero yo que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está zeloso é inquieto,
Porque no se va Don Juan.

DOÑA BEATRIZ.

¡ Ay, hermana, qué mal hecho,
Qué mal hecho!.... pero yo
No lo supe, que á saberlo....

DOÑA ISABEL.

¿ El qué, Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

Que venia
A Cádiz: yo te prometo
Que si hubiéramos sabido
Su venida, conociendo
Al uno y al otro, yo
Hubiera sabido hacerlo
De modo que él no viniese
A renovar sentimientos,
A turbar nuestra quietud,
A dar á mi hermano zelos;
Pero, Isabel, todavía
Si éres honrada, hay remedio.

DOÑA ISABEL.

¿ Dudas de mí?

DOÑA BEATRIZ.

No, confío
En tu virtud, y por eso

Con franqueza he de decirte
Lo que has de hacer.

DOÑA ISABEL.

Dilo presto.

DOÑA BEATRIZ.

No verle mas, los combates
De amor se vencen huyendo:
No le escuches, no le veas,
Y entre tanto dispondrémos
Que se vaya.

DOÑA ISABEL.

En vano es ya,
Pues su partida ha resuelto
Él mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer;
¿Pero lo sabes de cierto?
¡Ay! Isabel, esas son
Palabras que lleva el viento.
En fin, tú debes hacer
Lo que he dicho, yo te ofrezco
Que hoy mismo estaré con él;
Sabré qual es su deseo,
Y de una manera ú otra
Saldrá de casa muy presto,
Muy presto.

DOÑA ISABEL.

¡Válgame Dios!

DOÑA BEATRIZ.

Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer la fuerza
De la razon; y no creo

Que permita que mi hermano
Viva de tí descontento.
Si te estima, no querrá
Verte notada del pueblo,
Sin honor, aborrecida
De tu marido; si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.

DOÑA ISABEL.

¡Qué bien dices! tú me das
Valor, tú me das consuelo:
Sí, primero es la virtud.....
Pero ¡ay de mí!... ya resuelvo
Lo mejor; yo, yo sabré,
Dando fin á tantos yerros,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿y tendrás
Valor para decir eso?
¡Ay ¡Isabel, lo que importa,
Es, que por ningun pretexto
Le vuelvas á ver jamas;
Yo lo diré todo eso
Que tú le piensas decir;
Vente conmigo allá dentro,
Y fingiendo que estás mala,
A nuestro engaño darémos
principio, ven.

DOÑA ISABEL.

Ya te sigo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL y luego DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

Gente viene; pero ¡cielos!
Él es, me voy: ? qué he de hacer?
¡Triste de mí! no, no quiero
Verle.

DON JUAN.

Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si venis
O enamorado ó atento,
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien. ¡Ay triste!

DON JUAN.

A solo decirte vengo.....

DOÑA ISABEL.

Sí, que te vas, ya lo sé:
Vete, yo te lo aconsejo;
¡Vete cruel! si tú tienes
Valor; ay Dios! para hacerlo;
Para rogártelo yo,
Si no le tuve, hoy le tengo.

DON JUAN.

¡Ah! ¡Que no sabes la pena!.....

DOÑA ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo;
Vete, y déjame morir.....

Pero en fin, ¿te vas? ¿es cierto,
Es cierto, Don Juan? ¿despues
De un amor tan verdadero
Pude esperar este fin?
¿Esto mereció mi afecto?

DON JUAN.

¿Y esto he merecido yo?
¡Ah, ingrata muger! ¿qué has hecho?
¡Qué facilidad la tuya!
¿Cual violencia, qué respeto
Así te pudo obligar,
Para deshacer tan presto
La union mas apetecida
¡Ay! ¡qué tiempo aquel¡ ¿te acuerdas?
¿Te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

¡Yo desfallezco!

DON JUAN.

Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros,
El trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos.....

DOÑA ISABEL.

Don Juan¡ ay de mí¡ yo muero.

DON JUAN.

Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.....

Ya se acabó : sí te quise,
Sí es verdad que en otro tiempo
Nos amábamos los dos,
Pasó como sombra y sueño.
Tú cediste á las instancias
De un hombre vil y perverso;
Cediste, y una ilusion,
unos aparentes zelos
Te pudiéron obligar
A olvidar mi amor primero.....
¡Debilidad femenil!

DOÑA ISABEL.

Tarde lo lloro y la siento.

DON JUAN.

¡Tarde! es verdad, en la muerte
Toda mi esperanza tengo;
Ella acabará mi mal.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
Yo sí moriré de angustia,
Que no hay valor en my pecho
Para tanto; ¡ay infeliz!

DON JUAN.

A Dios, ya no nos verémos
Otra vez; de tí apartado
Buscaré climas diversos.....
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvimos los dos:
Ya nada de tí pretendo,
Sino que mi fe, mi amor
Viva en tu memoria eterno:

Quiéreme bien, piensa en mí,
Quizá hallará mi tormenta
Alivio, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.....
Pero¡ ay de mí! no, Isabel,
Olvida el cariño nuestro:
No te acuerdes mas de mí:
Borra de tu pensamiento
La memoria de un amor
Tan malogrado y funesto:
Ama á tu esposo, y no mas,
Amale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON JUAN.

¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
¡Ah! ¡si vieras cómo tengo
Mi corazon!

DON JUAN.

¡Ah! si vieras.....
Pero á Dios, y este postrero [1]
Abrazo, confirme.....

DONA ISABEL.

Aparta.

[1] Quiere abrazarla, y ella le detiene retirándose.

DON JUAN.

¿Huyes?

DOÑA ISABEL.

Sí, de tí me alejo:
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.

DON JUAN.

¡Cruel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah! Don Juan ¿qué quieres,
Qué quieres de mí? si el cielo
Lo ordena así? ya lo ves,
Cedamos á su precepto.
Vete, ya que de este modo
Mi desgracia lo ha dispuesto:
Vete, sí, nunca me veas;
Nuestro honor lo está pidiendo;
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me des mayor tormento:
No porque te llore ausente,
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo
Buscar Provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Una Ciudad populosa
Ofrece muchos objetos,
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo;
Que me separo de tí

Entregada al mas acerbo
Dolor: sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo;
Pero es preciso, Don Juan;
Casada estoy, honor tengo:
¿Qué disculpa hallar sabré
A mi ceguedad? ¿qué premio
Puedo esperar de un delito,
Y delito tan horrendo?
¿Adonde irémos entónces?
¿Qué harás?... ¡ah! si no hay remedio,
Separémonos entrámbos,
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien, que alegre muero,
Si á costa de tales penas
Pura mi opinion conservo.

DON JUAN.

¡Ay querida de mis ojos!
Quién te ha dado tal esfuerzo!::::

DOÑA ISABEL.

¡Oh virtud! ¡oh dolorosa
Virtud [1]!

DON JUAN.

Dios me dé consuelo.

[1] Doña Isabel se va por la puerta de la izquierda; y Don Juan, despues de una breve suspension, por la parte opuesta.

ESCENA XII.

MUÑOZ solo.

Llegó el caso: no hay que darle
Vueltas, es preciso hacerlo.
Válgate el diablo por hombre,
¡Qué perdido tiene el seso!
¡Ay que boda! ¡ay que Don Juan!....
Muñoz, ánimo y á ello [1].
No, pues ya no he de salír
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

BLASA atraviesa el teatro, y sale despues con GINES.

BLASA.

Ya van, ya van; ¡hay tal prisa!

GINES.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá dentro.
¡Vaya que es muy fastidioso
El tal Muñoz!

GINES.

Yo no entiendo
Como Don Roque le aguanta.

[1] Estando ya medio escondido debajo del canapé, suena la campanilla, entónces dirá los dos últimos versos, y acaba de esconderse.

BLASA.

¿Cómo? bien fácil es eso,
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo;
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio:
Porque es ruin como su amo:
Porque le ha cogido miedo:
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo;
Y si Muñoz no lo dice,
No puede haber nada bueno:
Porque le sirve de espía,
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo
Se está en el portal, fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Ce por be todo lo sopla.

GINES.

¡Haya viejarron perverso!
¡Miren el cara de angustia
Qué modos tiene tan bellos
De hacerse querer! ¡bribon!

BLASA.

Yo siempre la estoy diciendo
A mi ama que volvamos
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen

Dos espantajos de un huerto:
Vaya que los dos.....

GINES.

Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

Sí ¿cómo?

GINES.

Como nos vamos
Allá, ¿Qué sé yo? muy léjos.

BLASA.

¿Y cuando?

GINES.

Hoy mismo, si el ayre
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú, que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque
Tan fastidioso y tan puerco.

ESCENA XIV.

DOÑA ISABEL, GINES y BLASA.

DOÑA ISABEL.

Blasa.

BLASA.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Beatriz
Te llama.

BLASA.

Allá voy corriendo [1].

DOÑA ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINES.

En la playa, miéntras vengo.
Por el cajon que quedó
Sobre la mesa allá dentro.

DOÑA ISABEL.

Ve por él.

ESCENA XV.

DOÑA ISABEL sola.

¡Ay infeliz!
No hay que hacer, se va en efecto,
¿Y adónde? adónde ¡oh dolor!
A buscar peligros nuevos.
¿Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso
Que nos ha de separar
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo, ó muerto?
¡Ah! no: sepa yo que él vive,
Y que logra algun consuelo
En su patria, acompañado
De sus amigos y deudos.
Esto importa.

[1] Vase.

ESCENA XVI.

DOÑA ISABEL y GINES con una caja.

DOÑA ISABEL.

Gines, dile
A tu amo que le espero
Sin falta, al instante; ahora:
Pues no ha nada que saliéron
Don Roque y Muñoz; en fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.

GINES.

Voy, Señora: pero temo.....

DOÑA ISABEL.

¿Qué?

GINES.

Que es ya mala ocasion,
Pues está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.

DOÑA ISABEL.

¡Mísera! corre, ¡ay de mí!

ESCENA XVII.

MUÑOZ solo, que sale del canapé.

Gracias á Dios que se fuéron:
¡Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡pues el otro

Bribon!..... y cómo me he puesto
De basura..... ¿si será
Verdad lo del testamento?
¡Qué buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor:
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA ISABEL y DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro: Don Juan
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á marchar:
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta,
Ya se acabó mi temor:
Tus inquietudes serena,
Pues ya él se fué. No presumas
Que tu marido sospecha
Nada; no, yo le conozco,
Sé su genio y sus ideas:
Demas, que en tan breve tiempo
No es possible que pudiera
Haber llegado á saber
Estas cosas. Tu prudencia
Emendará lo demas:
El te quiere, y si te esmeras
En darle gusto, verás
Como todo se remedia.

DOÑA ISABEL.

Sí, Beatriz, así lo haré;
Tú mi timidez ahuyentas;

Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Por una ciega pasion,
Que ya desechar es fuerza.
¡Ay hermana! estas paredes
Me acusan, adonde quiera
Que vuelva la vista.....! oh cuanto
Poder la verdad encierra!

DOÑA BEATRIZ.

No es mucho, Isabel, que ahora
Turbada y débil te sientas:
Eres niña, y este golpe
Te ha de causar mucha pena.

DOÑA ISABEL.

Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.

DOÑA BEATRIZ.

Despues, Isabel, que borres
Esas memorias funestas,
Al cuidado de tu casa,
Y de tu marido atenta,
Libre de este sobresalto,
Vida afortunada y quieta
Lograrás, por mas que ahora
Imposible te parezca.
Sí, querida, no lo dudes,
Al trato cariño engendra:
¡Qué felíz serás entónces!
Hoy lloras, y te lamentas
De tu suerte; vendrá el dia
Que á tí te cause vergüenza,
Y al acordarte dirás:

¡Señor! ¡qué pasion fué aquella!
No estuve en mí, no es posible;
Porque si pensado hubiera
Al peligro, ni un instante
Mi pundonor permitiera
Tal exceso: ¿y yo engañada
Lloré de Don Juan la ausencia?
Yo pude sentirlo cuando
Mi quietud logré por ella,
El amor de mi marido.....
¡Qué ceguedad! ¡qué flaqueza!

DOÑA ISABEL.

¡Ay Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Hermana mia,
¿Qué temes? nada hay que temas.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle [1]!

DOÑA BEATRIZ.

¿Porqué, dí, no te consuelas?
Si conoces la verdad,
No des lugar á que venza
La inclinacion: siempre ha sido
Muy christiana, muy honesta,
Y muy prudente tambien,
Y si lograrlo deseas.....

DOÑA ISABEL.

¿Llamáron? él es sin duda [2]:
¿Adónde iré?

[1] Aparte.
[2] Aparte, haciendo que se va.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te altera?
¿Porqué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

DON ROQUE y las dichas.

DON ROQUE.

¡Qué entruchadas serán estas
De volver y de tornar!
¿Dónde está la bata vieja?
¿Cuánto va que no se han puesto
Los pedazos de bayeta
En la espalda?

DOÑA BEATRIZ.

Si dijiste
Ayer que te los pusieran:
No ha habido tiempo de hacerlo.

DON ROQUE.

Idos las dos allá fuera.

DOÑA BEATRIZ.

¿Te quedas sin desnudar?

DON ROQUE.

¿Qué Don Juan?

DOÑA BEATRIZ.

Que si te quedas
Con ese vestido, ¿ó quieres
La bata?

DON ROQUE.

Cuando la quiera,
Yo sabré llamar.

DOÑA ISABEL.

Beatriz,
De sobresalto estoy llena.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quieres algo?

DON ROQUE.

No Señora.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué tienes? ¿qué te molesta?

DON ROQUE.

Nada: ¿qué la importará,
Qué yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?

DOÑA BEATRIZ.

Ven, Isabel.

ESCENA III.

DON ROQUE y MUÑOZ.

DON ROQUE.

Muñoz, entra:
Con que el recado no es mas.....

MUÑOZ.

¿Ahora salimos con esa?
Sí, Señor, no es nada mas
Que lo que dije allá fuera.

DON ROQUE.

¿Que vaya, y diga á su amo,
Que venga al punto?

MUÑOZ.

Que venga.

DON ROQUE.

¿Que los dos hemos salido?

MUÑOZ.

Eso mismo.

DON ROQUE.

¿Que le spera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ

Cierto.

DON ROQUE.

¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ.

¡No que no!

DON ROQUE.

¿Y qué otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?

MUÑOZ.

Eran alabanzas vuestras.

DON ROQUE.

¿Con que en efecto, estantigua
Me llamáron?

MUÑOZ

Y postema.

DON ROQUE.

¿Y zenacho?

MUÑOZ.

Y viejarron.

DON ROQUE.

¡Habrá mayor desvergüenza!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ.

Y otras treinta.

DON ROQUE.

¿Y luego le dió el recado?

MUÑOZ.

La del recado no es esa.

DON ROQUE.

Pues Isabel...

MUÑOZ.

Isabel
No trató de esa materia.
Blasilla fué la que dijo,
Que Don Roque es un babieca:
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que.....

DON ROQUE.

Calla por Dios, no quieras
Que vaya allá, y de un porrazo
La mate: ¡haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.

Yo no sé si es embustera,
Pero que lo dijo es cierto.

DON ROQUE.

De suerte, que ya no queda
En esta casa ninguno,
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion..... ¡infame!

Si estoy por ir y cogerla
De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa...

MUÑOZ.

Mal remedio.

DON ROQUE.

¿Qué he de hacer?
¿Qué he de hacer? si no me deja.
La cólera discurrir.
Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor.
¡Señor! si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz,
Para separarse de ella;
Si le he dejado en la playa
Aguardando á que viniera
El bote: si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan.....
¡San Antonio! ¿para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.

Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

DON ROQUE.

¿Pues en tal caso qué harias?

MUÑOZ.

Yo sé muy bien lo que hiciera.

DON ROQUE.

¡Hombre! por San Juan bendito
Te suplico.....

MUÑOZ.

Ya comienza
Otra vez el pordioseo.

DON ROQUE.

Que me digas lo que hicieras,
Si fueras Don Roque ahora.

MUÑOZ.

Si fuera Don Roque en esta
Ocasion, no dejaria [1]
Vivir á Muñoz: le diera
Mil quejas á cada instante,
Porque no huele y acecha;
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces; y sín hacer nada,
Ni resolver á derechas,
A mi escudero infeliz
Le hiciera pagar la pena
De lo que otro cometió;
Le acosara, le embistiera,
Le matara.... ¿no me oís?

DON ROQUE.

Yo he de perder la cabeza
Con estas cosas, Muñoz:
Vaya, no hay que darle vueltas,
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.

¿Qué he de hacer?

DON ROQUE.

¿Ya no te acuerdas?

[1] Miéntras Muñoz dice estos versos, Don Roque se pasea pensativo por el teatro.

MUÑOZ.

¿De qué, Señor?

DON ROQUE.

Es verdad....
Si estoy loco....

MUÑOZ.

¿Quién lo niega?

DON ROQUE.

Ya se ve, si no lo he dicho!.....
Mira, Muñoz, si ella espera
Al Don Juan, quizá no viene,
Porque sabe ó se rezela
Que estoy en casa: Gines....
Vaya, como si lo viera,
Me habrá atisvado al entrar,
Que si no.... pero mis tretas
Me han de valer: corre, amigo,
Corre, que en tu diligencia
Consiste..... mira, ya sabes
Dónde les llaves se cuelgan:
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.

¿Cuál, Señor?

DON ROQUE.

Aquella vieja:
¿Estás?

MUÑOZ.

¡Ah! ¿la del postigo
Que cae á la callejuela?

DON ROQUE.

Esa misma.

MUÑOZ.

Si ha mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.

DON ROQUE.

No importa nada;
Tráeme la llave.

MUÑOZ.

¿Y qué nueva
Invencion?

DON ROQUE.

Ya la sabrás:
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

DON ROQUE solo paseándose por el teatro.

¡Ay! Señor, esto va malo,
Malo, malo..... ¡picaruela!
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien, no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido..... si fuera
Decir..... pero sí, ¡enmendarse!
Cuando cumpla los ochenta.
¡Bien dice Muñoz! ¡mal año
Si dice bien! él me inquieta
Con sus cosas, pero encaja
Unas verdades tan secas.....
Si yo se lo hubiera dicho
Antes, no me sucediera

Este chasco, sí por cierto.
¡Pobre Don Roque! ¡qué buena
La hiciste! ¡pobre Don Roque!.....
Pero quizá si nos deja
Este Don Juan puede ser
Que lograra..... Dios lo quiera.

ESCENA V.

DON ROQUE y MUÑOZ.

DON ROQUE.

¿Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

DON ROQUE.

Sabes
¿Si alguna te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada [1].

DON ROQUE.

¿No?
Pues anda, y dila que venga.

MUÑOZ.

¿A quién?

DON ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña
Deslenguada y bachillera,
Que os trató de podrigorio?
¿Ques qué pretendeis con ella?

[1] Muñoz da una llave á Don Roque.

DON ROQUE.

Entablar este proyecto,
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Confirmaré mis sospechas,
Y entónces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece
Que viene.

DON ROQUE.

Pues salte á fuera.

MUÑOZ.

Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo.....? y qué hará?
Lo que hizo cascaciruelas.

ESCENA VI.

DON ROQUE y BLASA.

DON ROQUE.

Oyes, Blasilla.

BLASA.

Señor.

DON ROQUE.

Vamos á hacer la deshecha [1].
Mira, yo voy á salir;
Si á eso de las doce y media

[1] Aparte.

No he vuelto, podeis comer;
Que es señal que como fuera.

BLASA.

¿Fuera, Señor?

DON ROQUE.

Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y quizá
No querrá que á casa vuelva,
Y me quedaré con él.

BLASA.

Vaya, Señor, que no os dejan,
Parar en casa.

DON ROQUE.

Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.

Y nosotras encerradas
En esta carcel estrecha,
Si no es á Misa, jamas
Damos por ahí una vuelta.

DON ROQUE.

Las mugeres recogidas,
Que tienen juicio y vergüenza,
Se estan en casa, y no son
Busconas ni callejeras:
En casa, en casa. Me voy,
Que ya el enojo me ciega [1].

[1] Don Roque se va muy enojado sin tomar el sombrero: á las voces de Blasa vuelve, se le pone, y se va por la puerta del lado derecho.

BLASA.

Digo, Señor, ¿y el sombrero?
¿Senor? si.....! qué paso lleva!
¿Señor? ¿cuanto va que pierde
Este viejo la chaveta?
Ya vuelve ¡gracias á Dios!
Tomad el sombrero

DON ROQUE.

Venga.

ESCENA VII.

BLASA y despues MUÑOZ.

BLASA.

¡Qué singular es el hombre!
¡Y qué haya muger, que quiera
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como dos soles,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal, y tan bestia!
¡Ay Señor! no; mejor es
Morir de puro soltera,
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes,
Que el caballo de Gonela [1].
Qué es eso, Señor Muñoz,
¿Os asustan las doncellas?
Si os estorbo.....

[1] Sale Muñoz, y al ver á Blasa se detiene á la puerta.

MUÑOZ.

Sí, me estorbas.

BLASA.

¿Con que os estorbo? ¿de veras?

MUÑOZ.

No tengo ganas de hablar.

BLASA.

¿Con que me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¡Qué ceño ¡desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir:
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.

Y ella
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.

Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ.

Calla.

BLASA.

Si quiero

Hablar, dale, ¡hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira.....

BLASA.

Cara de materia.

MUÑOZ.

Sí.....

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,
Júdas; rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera.....

ESCENA VIII.

MUÑOZ, y despues DON ROQUE.

MUÑOZ.

¡Picarona! bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones: ¡picaronaza!
Atrevida, desenvuelta,
A mí..... vaya, yo no entiendo
Cómo he tenido paciencia.....
El diablo sabe porqué [1].

DON ROQUE.

Muñoz, ya estámos de vuelta:
Buena prevencion ha sido,
Que pasaras á esta pieza
Para espantarlas; ninguna

[1] Sale Don Roque por la puerta del lado izquierdo.

Me ha visto entrar: mi cautela
Se logró completamente.
Al salir yo por la puerta,
Ví al canalla de Gines,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado;
Yo tuerzo la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;
Y él que me observaba, apénas
Me aparté un poco, marchó
Sin duda á llevar las nuevas
A Don Juan, ó Don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se grangea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas,
Y entrarse por el porton,
Para que las niñas crean
Que habeis salido de casa?
Que Gines vaya ni venga,
¿Qué importará? ¿ni que juzgue,
Que estais dentro, ó estais fuera?
¡Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor!

DON ROQUE.

Mira, Nuñoz, esta treta
Es, para que si Don Juan,
Como le han dicho que vuelva,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido; y espera,
Para asegurar el lance,

Villete, recado, ó seña,
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca:
Porque si Gines le avisa,
O están encargadas ellas
De hacerlo (que son el diablo),
Vendrá sin remedio á verla,
Y entónces.....

MUÑOZ.

¿Y entónces qué?
Habrá una gran pelotera,
Chillidos, voces, y á Dios:
Se irá Don Juan: ¿y qué piensa
Lograr, mi Señor Don Roque?

DON ROQUE.

La cosa está ya dispuesta:
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta:
Vete por Dios á tu cuarto.

MUÑOZ.

Mucha diversion me espera.

DON ROQUE.

En tanto que yo la traigo
Acia acá..... ¿pero no es ella?

MUÑOZ.

Ella misma, que al reclamo
De Don Juan viene que vuela.
Vóyme.

ESCENA IX.

DON ROQUE y DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

¿De qué te suspendes?

DOÑA ISABEL.

Presumí que estábais fuera,
Porque Blasa.....

DON ROQUE.

Sí, he salido
A dar por ahí una vuelta,
Y..... ¿qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada.

DON ROQUE.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada, Señor.

DON ROQUE.

No se pierda
El tiempo [1].

DOÑA ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! ¡la llave!.....

DON ROQUE.

Deja
La llave, nada te importa
La llave.

[1] Don Roque cierra con llave la puerta del lado izquierdo.

DOÑA ISABEL.

¿Pero á qué es esta
Prevencion?

DON ROQUE.

Mira, Isabel,
Yo sé que á Don Juan esperas,
Él va á venir.

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON ROQUE.

Calla,
No me grites, que lo echas
A perder; él va á venir,
Yo me escondo en esa pieza:
Tú sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir: dirásle,
Que ni un punto se detenga
En mi casa; que á qué vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se va, y quedarse;
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa.....
Pero á la puerta han llamado,
Siéntate, la silla vuelta
Acia este lado [1].

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

[1] Don Roque pone una silla en frente de la puerta de su cuarto.

¡Dónde estoy! ¡oh! suerte adversa!
Mirad, Señor, lo que haceis.

DON ROQUE.

Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho; mira
Que si noto alguna seña
O palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendrémos que sentir.

DOÑA ISABEL.

¡Ay infeliz! ¡qué funesta
Situacion! pero es posible.....
Advertid.....

DON ROQUE.

Vamos, que llega.

DOÑA ISABEL.

Escuchadme....

DON ROQUE.

Lo que he dicho
Harás: cuidado con ella [1]!

ESCENA X.

DOÑA ISABEL y DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

¡Ay desgraciada de mí!
¡Ay qué angustia! ¡quién pudiera
Avisarle!..... no hay remedio.

DON JUAN.

En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora,

[1] Don Roque se entra en su cuarto, cerrando la puerta: Doña Isabel se sienta.

Nuevo tormento padezca!
¿A qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor?
¿Pero qué pesar te aqueja?
¿Qué tienes? enjuga, hermosa,
Esas lágrimas: en ellas
Harto me dices: no ignoro
De tus ojos la elocüencia:
Ya sé, mi bien, ya sé cuanto
Esta partida te cuesta;
Pero.....

DOÑA ISABEL.

Don Juan? qué decis
¿Qué decis? idos, no sea
Que mi esposo.....

DON JUAN.

No rezeles,
Que no está en casa, no temas;
Y Gines quedó advertido
De avisarme quando venga.

DOÑA ISABEL.

En cualquiera ocasion debo
Serle fiel: ved que si llega
A saber vuestra porfía.....

DON JUAN.

Cielos¡ qué mudanza es esta!
¡Qué lenguage, que no entiendo!
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora....

DOÑA ISABEL.

¿Yo os llamé?

DON JUAN.

¿Qué me lo niegas?
¿Me lo niegas? ¡ah cruel!
Pues.....

DOÑA ISABEL.

Callad.

DON JUAN.

Tú harás que pierda
El sentido: ¡ingrata! ¿cómo
Cupo en tí tanta fiereza?

DOÑA ISABEL.

Ignoro lo que decis.

DON JUAN.

¿Lo ignoras?..... pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho os vayais; hacedlo:
No por vos, Señor, padezca
Mi decoro.

DON JUAN.

¡Ah fementida
Muger, que así mi firmeza
Pagas! ¿para esto quisiste
Que viniese; para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de tí,
Si ya mi fuga resuelta
Propuse no verte mas,
¿A qué me dices que venga?

¿A qué?... Yo viví engañado;
Rindiéronme tus finezas.....
¡Ah, qué pronto se persuade
Un hombre lo que desea!
Yo enamorado de tí,
Juzgué tus palabras ciertas,
Tanto, que pudo igualar
Mi cariño á tu belleza:
¡Y así me pagas!

DOÑA ISABEL.

Mirad
Lo que decis; pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto,
Que alguno de casa os sienta;
Mi esposo....

DON JUAN.

Sí, ya lo sé,
Le has dicho ya que no tema,
Que el amor que me mostraste
Fué mentirosa apariencia:
Y que para convencerme
Vas á hacer la mayor prueba
De iniquidad: le ofreciste
Ultrajarme, y á mis penas
Añadir el mas acerbo
Dolor que añadir pudieras.
¿Se lo has prometido así?
Cumple, cumple tu promesa.....
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me das? ¿ninguna te queda?
¡Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas!

A Dios : sí, me voy ; con eso
Quedas, Isabel, contenta :
Sí, me voy; no volveré
A verte mas, no lo temas :
Y acaso llegará el dia,
Que de horror y susto llena,
Te acuerdes de mí, oprimida
Con la memoria funesta
Del pérfido triunfo..... A Dios,
Voy á morir : nada anhela
Tu amante, sino acabar
La vida, que ya detesta ;
Ni seré tan infeliz,
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños..... [1].
¡Ah, qué digo! no..... perezcan,
Perezcan; yo las creí
Alivio de mis tristezas :
Tuyas son..... ¡traidoras cartas!
Míralas, tuya es la letra :
No quede memoria alguna.....

DOÑA ISABEL.

¿Qué haceis? ¡ay de mí!

DON JUAN.

No, deja,
Déjame.

[1] Saca unos papeles, y los hace pedazos.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos! Señor....

DON JUAN.

No las quiero, no: me acuerdan
Tus engaños.

DOÑA ISABEL.

¡Infelice,
Qué nueva desdicha es esta!
Idos, Señor.

DON JUAN.

Sí, cruel,
Ya es tiempo; libre te quedas.

DOÑA ISABEL.

Don Juan..... sí... ¡pobre de mí!
¡Pobre de mí ¡yo voy muerta [1].

ESCENA XI.

DON ROQUE solo.

Mejor será.... sí, es mejor:
Hasta que embarcar le vea.....
Vamos allá no se escurra,
Y tengamos otra fiesta:
¡La Isabelica y su alma!
Esta es echadiza [2].

[1] Vase Don Juan por la puerta del lado derecho: Doña Isabel abre la de la parte opuesta, y se va haciendo extremos de dolor.

[2] Viendo á Doña Beatriz que sale.

ESCENA XII.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, despues DOÑA ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Espera.

DON ROQUE.

Voy de prisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Ya Isabel?
¿La has visto?

DON ROQUE.

¿No sabes de ella?
En los infiernos [1].

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué puede
Haber sucedido? En esta
Pieza no está: presuroso
Va mi hermano: alguna nueva
Desgracia ocurrió. ¡Si acaso
Ha venido, y se la lleva!

DOÑA ISABEL.

Beatriz, hermana, ¡ay de mi!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

DOÑA ISABEL.

Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer infeliz.....

[1] Vase.

¿Qué harémos? llama.... no, deja:
Es mejor que.... yo no sé.
No estoy en mí [1].

DOÑA BEATRIZ.

Escucha, espera:
¿Adónde vas?

DOÑA ISABEL.

A evitar
Que le mate.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién? sosiega
El temor.

DOÑA ISABEL.

¿Pues no ha salido
Detras de él? No me detengas,
Déjame que vaya.... ¡ay triste!

DOÑA BEATRIZ.

¿A dónde?

DOÑA ISABEL.

A morir: no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay muger, á quien suceda
Mayor desgracia.... Don Juan.
Vino.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí, en esa
Pieza se ocultó tu hermano;

[1] Doña Isabel va ácia la puerta del lado derecho, por donde saliéron Don Juan y Don Roque: Doña Beatriz la detiene.

Todo lo ha visto : él se aleja
Culpando mi ingratitud.....
¡Ay, Beatriz! no se me acuerda
Lo que le dije; ni supe....
Ni era fácil que advirtiera....
¡Mísera! ¡qué pude hacer!

DOÑA BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura,
Que acaso tú propia aumentas.

DOÑA ISABEL.

Es verdad, ya lo conozco....
Pero ¡ay de mí! cuando venga,
¿Qué le diré? ¿quién podrá
Persuadirle á que me crea?
Si está airado contra mí,
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
¡Infeliz! ¿y vivo? ¿y vivo?
¡Cómo hay en mí resistencia!

DOÑA BEATRIZ.

No á la desesperacion
Te entregues de esa manera;
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
¿Se fué Don Juan? lo demas
Nada importa : cuando vuelva
Tu marido, yo sabré
Aplacarle.

DOÑA ISABEL.

En vano intentas
Templar mi dolor, en vano;
Que está zeloso, y es fuerza
Que ni escuche mi disculpa.....

DOÑA BEATRIZ.

Basta, Isabel: ¿no te acuerdas
De que ha de volver mi hermano!
¿Qué es esto? ven allá fuera;
Vamos.

DOÑA ISABEL.

¿Para qué, Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

Para evitar que te vea:
Yo estaré con él primero.

DOÑA ISABEL.

Vamos..... El tiro de leva..... [1].
Ya se va..... Beatriz..... ¡Dios mio!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana?... no alienta.
Isabel.... ¡Válgame Dios!
No vuelve.... Si llamo, es fuerza
Que esto se publique.... Blasa.
Estas resultas esperan
Tales casamientos: Blasa.
Será preciso que venga....
Pero ya vuelve: ¿Isabel?

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

[1] Suena un cañonazo: Doña Isabel cae desmayada sobre una silla.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener;
Iré por agua.

DOÑA ISABEL.

No, espera;
No te vayas.

DOÑA BEATRIZ.

No me iré:
Apóyate en mí.

DOÑA ISABEL.

¡Qué pena!

DOÑA BEATRIZ.

Llora, suspira; que ahora
Nadie nos ve.

DOÑA ISABEL.

Si pudiera
Suspirar..... pero no puedo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes?

DOÑA ISABEL.

No sé.... quisiera....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada: déjalo ya....
Mejor estoy.... ¡qué funesta
Venida!

DOÑA BEATRIZ.

Vaya, muger,
¿Otra vez de eso te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

Ya se fué.... ya se acabó
El afan.

DOÑA BEATRIZ.

Isabel, deja
Eso por Dios.

DOÑA ISABEL.

Ya se fué.....
¡Triste de la que se queda!
No volverémos á vernos
Jamas.... ¡quién me lo dijera
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise.

DOÑA BEATRIZ.

Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¿tú me dejas?

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué quieres, Isabel,
Si tú propia te atormentas,
Ni atiendes á mi razon,
Ni esos extremos moderas?
Si viene mi hermano ahora,
Y de este modo te encuentra,
¿Qué le dirás; infeliz?

DOÑA ISABEL.

Que estoy á todo dispuesta;
Que acabo de separarme
De aquel que quise de veras....
Me engañáron; se valiéron

De astucias, para que diera
Un sí.... ¡Perverso, cruel
Hombre! ¿qué hiciste? ¿así entregas
Mi mano á quien no he de amar?
¡Ay Dios!

DOÑA BEATRIZ.

¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Me ciega
El furor.... yo lo conozco....
¡Ay, Beatriz! tengo vergüenza
De mí misma.... En fin, se va
Creyendo que le desprecia
Su amada.... que le aborrece.
¡Ah! no es verdad, no lo creas:
Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza:
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable:
Digna fué de tus finezas
Isabel; ¡ay! y la vida
La ha de costar esta ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ven.... me parece
Que ha entrado; no te detengas.

DOÑA ISABEL.

¡Desgraciada! ¿á dónde, á dónde
Irémos que no me vea?
¡Cómo evitaré su enojo!
Helado temor me cerca:
Si viene.... ¡mísera yo!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si fuera
Posible.... ¿pero qué digo [1]?
Esta es ya mucha bajeza;
Mucho abatimiento es este:
Aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido,
¿Qué peligro le amedrenta?
Quita, ya no voy contigo:
Aquí le aguardo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

DOÑA ISABEL.

No sé.... no sé.... pero estoy
Prevenida á cuanto venga:
No soy culpada; ¿pues cuándo
Ha temido la inocencia?
Animo, corazon mio,
Que en esta terrible prueba
Está tu bien ó tu mal:
Él es.

DOÑA BEATRIZ.

¿Isabel?

DOÑA ISABEL.

Ya llega.

[1] Despues de una larga suspension.

ESCENA XIII.

DON ROQUE, MUNOZ y dichas.

MUÑOZ.

¿Pero yo qué le he de hacer?

DON ROQUE.

Es que quiero que las veas;
A ver por dónde la toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa....

DON ROQUE.

Buena pieza,
Ya se fué Don Juan; cumplió
Por último su promesa:
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas
Y las tuyas; sí por cierto:
Me ha enseñado la experiencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

DON ROQUE.

Eh! ¿no lo dije? ya empiea;

Pero hablemos de una vez
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna : ya has visto
Que lo sé todo; y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
¿Es regular....

DOÑA ISABEL.

Sí, Señor;
Bien decis, vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed....

DON ROQUE.

¡Bueno fuera
Que lo negaras!

MUÑOZ.

¡Pues digo,
Que se morderá la lengua!

DOÑA ISABEL.

Sabed : que yo..... ¡desgraciada!
Oprimida.... con violencia
Os dí la mano de esposa :
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero Don Juan..... sí, Señor,
Le quise; fué verdadera
Nuestra pasion....

DOÑA BEATRIZ.

Isabel
¿Qué es lo que dices?

DOÑA ISABEL.

No fuera
Justo engañaros; le amé.....

Así lo quiso mi estrella:
Él igualmente..... dejad,
Dejadme, Señor, que vierta
Estas lágrimas, que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
De la avaricia perversa
De mi Tutor.

DON ROQUE.

Digo, ¿y cómo
Entónces, que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, Señor!... ¿con tantos años
Aun no tienes experiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y..... no importa,
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas

Noticias del mondo.... ¡ay triste!
No soy yo sola; no es esta
La primera vez que pudo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.....

DON ROQUE.

Muy bien; y toda esa arenga
¿Qué quiere decir?

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan necio
Serás que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, y han hecho
Cuanto apetecer pudieras,
Separándose los dos:
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

DON ROQUE.

Cierto; es una friolera:
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena:
¿Es verdad? lo que yo he visto
No ha sido nada, ¿eh? ¡parlera
De satanas!

DOÑA ISABEL.

Ya os he dicho
Que le he querido; y que fuera
Mentir negároslo yo;
Pero si alguno sospecha
Que á mi decoro falté,
Es ilusion que le ciega.

No, Señor: el cielo sabe
Que de iniquidad tan fea
Estoy inocente: yo
Supe con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle,
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviaran sus tristezas;
Rezelando, que si ahora
Apresurado se ausenta,
Su mismo pesar le mate....
¡Cuantos peligros le cercan!
Despreciado va de mí:
¡Infelice! ¿Quien dijera,
Que yo que le quise tanto.....
¡Ah! mi afecto me enagena!
Pero no, no se malogren
Los instantes: ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais,
Yo triste, asombrada, llena
De dolor..... ¡ah! ya se fué,
Ya se logró vuestra idea;
Se logró..... ¡pero qué golpe
Tan terrible! ¡qué violenta
Separacion! mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta,
En fin, Señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia,

Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan agena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera:
Sí; que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto: apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento,
Si es vida la que me resta:
Allí....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

DON ROQUE.

¿Muger, pué clausura es esa?
¿Qué?.... vaya, sosiégate:
¡Jesus! ¡cierto que era buena
La invencion!

DOÑA BEATRIZ.

Hermana....

DOÑA ISABEL.

No:
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio: ¿cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá: por mas que quiera
Tranquilizarse, jamas
Podrá borrar sus sospechas:
Cada accion será un delito,

Cada palabra una prueba
Contra mí: su edad, su genio....
No es posible que convengan
Para vivir en quietud
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos:
En tu casa, miéntras llega
El lance, estaré contigo,
Vos, Señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo:
Yo os lo suplico; si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta,
Que me habeis tenido.

DON ROQUE.

Vamos,
No hablemos de esa materia;
Yo me olvidaré de todo,
Y....

DOÑA ISABEL.

No, no Señor; es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

DON ROQUE.

Tú, Beatriz; tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios,
Persuádela.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda

El medio de no ofenderte
Jamas; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

DON ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar
Sin muger por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?....
Isabel....

DOÑA ISABEL.

Estoy resuelta:
Hacedlo, y á vuestro honor
Importa que no se extienda
El caso por la ciudad:
El sigilo y la presteza
Convienen.

DON ROQUE.

Teneis razon....
Matadme: ya nada resta
Sino morirme de rabia.

DOÑA ISABEL.

No: vivid, Señor, y sea
Con mucha felicidad:
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo;
Porque retirada en ella
Tengamos quietud los dos:
Vamos, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No difieras
Un instante lo que pide.

DON ROQUE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

¡Otra moledera!

DON ROQUE.

¿Pero tú, Muñoz, qué dices?
¡Hombre, por Dios!

MUÑOZ.

Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejara tal;
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda:
Si es preciso, aunque ella fuese
Una Santa Dorotea.....
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo: ¿se va?
Muy bien pensado: ¿se encierra?
Lindamente: á vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamas
Esa cara, está contenta:
Con que abreviarlo, y agur.

DON ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?

MUÑOZ.

No, sino de bien á bien.

DON ROQUE.

¡Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

En vano me ruegas.

DON ROQUE.

¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

No, no os escucho.

DON ROQUE.

¿Pero es posible que quieras?....

DONA ISABEL.

No me sigais, apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido:
Léjos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved,
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia;
Y es temible una muger
Desesperada y resuelta [1].

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo has visto: na la apures.

DON ROQUE.

Haré todo lo que quiera:
Dejadme vivir en paz,
Dejadme.... y Dios la haga buena.

DOÑA BEATRIZ.

Pero....

DON ROQUE.

Sí, mañana mismo
Harémos la diligencia;

[1] Vase.

Mañana.... y que me perdone....
Que yo la perdono á ella.

ESCENA ULTIMA.

DON ROQUE y MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Válgame Dios qué muchacha!
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera....

DON ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon; pero deja,
Que reniegue de mí mismo,
Pues yo por mi ligereza
He sido causa de todo:
Ya lo pago, y aunque venga
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

¡Si muchos lo conocieran!...
¡Pero sí! cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

FIN.

TABLA.

El Sì de las niñas, comedia en tres actos, en prosa, 1
La Comedia nueva, ó el Café, comedia en dos actos, en prosa, 117
El Viejo y la niña, comedia en tres actos, 195

DE L'IMPRIMERIE DE RIGNOUX.